

EL GRILLO

EL GRILLO

(Concierto estridente en dos actos y un epílogo)

Amados grillos que con vuestro cante
de mi cabeza a la olla dais encanto,
cantad, cantad sin tino,
cumplid vuestro destino,
mientras las ollas de los más sesudos,
de sentido común torpes guaridas,
de sucias cucarachas, grillos mudos,
verbenean manidas.
Resuenen esas ollas con el eco
del canto de lo hueco.

FULGENCIO ENTRAMBOSMARES
Filósofo

Cap. IV de *Amor y pedagogía*
MIGUEL DE UNAMUNO

Estrenada en el Teatro María Guerrero, el 31 de enero de 1957 por la Compañía de Teatro Nacional de Cámara y Ensayo con el siguiente

REPARTO

VICTORIA	Asunción Montijano
MARIANO	José Luis Heredia
JOSÉ LUIS	Pablo Sanz
PILAR	Celia Fóster
JACINTO	Luis Morris
EL BORRACHO	Pedro Oliver
EL PIANISTA	Rafael Gil Marcos
ENCARNA	M. ^a Victoria del Castillo
MARTÍNEZ	Joaquín Roa
EL CHULO	Juan Antonio Moltó
EL FAROLERO	Eugenio Moltó
LORENZO	Jesús Puente
MOZO 1	Julio Wizuete
MOZO 2	N. N.
Boceto	José Luis López Vázquez
Realización	Manuel López

Dirección
MODESTO HIGUERAS

Personajes

VICTORIA

MARIANO

JOSÉ LUIS

PILAR

JACINTO

EL BORRACHO

EL PIANISTA

ENCARNA

MARTÍNEZ

EL CHULO

EL FAROLERO

LORENZO

MOZO 1

MOZO 2

ACTO PRIMERO

Ocupando dos tercios del escenario hay una habitación mezcla de cuarto de estar y comedor de casa pobre. El resto es una calle perpendicular a la batería, que va a desembocar a otra que atraviesa por el foro. Esta calleja está limitada, a todo foro, por una casa en cuyo piso bajo, bien visible, hay una taberna. En el lateral izquierdo, una casa con portal practicable, y en la esquina del primer término, un farol. La otra fachada de esta calle estará insinuada por una ventana con reja y algo de pared, con objeto de no hacer incómoda o imposible la visibilidad del foro. Esta pared limita la habitación anteriormente citada, en la cual habrá una puerta de calle al foro, casi en la conjunción con el lateral derecho, y otra puerta al interior de la casa en el lateral derecho, primer término. Los muebles de esta habitación son: una mesa camilla, tres sillas viejas, una cómoda habilitada como aparador, una máquina de coser y un sillón de mimbre.

(Al alzarse el telón, VICTORIA cose a máquina una sábana. Ha empezado a oscurecer; son las siete de la tarde y es final de otoño. VICTORIA se levanta, enciende la luz y vuelve a la máquina. Por la calle del foro cruza, hacia la derecha, MARIANO. Lleva subido el cuello de su raída gabardina, las manos en los bolsillos, la cabeza metida entre los hombros y la vista fija en el suelo. Silba algo triste. Desaparece detrás de la casa. Hay un breve silencio en el que sólo se oye el ruido de la máquina de coser y, por fin, MARIANO entra en la casa.)

MARIANO.— (*Quitándose la gabardina, que cuelga en una percha de pared próxima a la puerta.*) Ya se nota el invierno.

VICTORIA.— Estaría bueno...

MARIANO.— (*Acercándose.*) ¿Qué haces?

VICTORIA.— (*Malhumorada.*) ¿No lo ves? Pongo una pieza a esta sábana.

MARIANO.— Mujer, no te enfades...

VICTORIA.— No te enfades, no te enfades... ¿Tengo motivos para estar contenta? (*Mostrándole la sábana.*) Mira como está, toda pasada... ¡Y es de las mejores!

MARIANO.— Bueno, y ¿qué quieres que haga?

(Un silencio. MARIANO ha desdoblado un periódico que había sacado del bolsillo de su gabardina y se pone a leer en el sillón de mimbre. Levanta la vista y se fija en VICTORIA.)

MARIANO.— Si consiguiera que me dieran la plaza de tesorero que ha quedado vacante...

VICTORIA.— ¡Qué!

MARIANO.— Nada... Podríamos comprar sábanas y muchas cosas más. Tendría un sueldo muy importante.

VICTORIA.— Buenos propósitos no te faltan...

MARIANO.— (*Contrariado.*) Lo que me falta es suerte. Fíjate si llegan a darme hace dos años, cuando se quedó vacante, el cargo de jefe de contabilidad... A estas horas tendríamos hasta un cochecito pequeño...

VICTORIA.— (*Escéptica.*) Pero no te lo dieron.

MARIANO.— (*Pensativo.*) No me lo dieron... Cómo me lo iban a dar... Soy incapaz de andar doblando el espinazo delante de los jefes. Se lo dieron al más jovencito. ¿Por qué? Porque se gastaba media paga en convidar al director. Y ahí lo tienes ahora, se ha casado, tiene su coche, su nevera, vive en el centro... Es la suerte, Victoria, la suerte...

VICTORIA.— Es el no andar haciendo castillos en el aire. En lugar de pasarte la vida soñando debías buscar; pero es más bonito soñar, ¿verdad?

MARIANO.— No es más bonito; lo que pasa es que cuando se da uno cuenta que todas las puertas se van cerrando, es la única solución para no desesperarse. La otra tarde se lo decía a Martínez... «Si no pensara que

todavía pueden darme un cargo, no sé lo que haría...» Y él me contestó: «Ya no estás en edad de que te lo den». «¿Es que te has creído que no tengo energías suficientes para hacer el trabajo que sea como el mejor?», le contesté. Y me dice: «Si es así, ¿por qué no se te ocurre poner al día tu negociado?» Bueno... No te quiero decir... Me puse con él hecho una furia... Ya me conoces... Le grité, le dije que si no trabajaba era porque ya sabían todos los jefes que tengo muchos y muy buenos méritos y no quieren reconocerlo de una forma positiva... Tengo mis méritos, no me los puede negar nadie... Yo no seré una inteligencia, bien, admitido que no soy una inteligencia... ¿Pero es que me van a decir a mí que el interventor, por ejemplo, tiene más talento que yo? No, no señor, no lo tiene; lo que pasa es que él es como es, y yo... Ya sabes, soy incapaz de arrastrarme para pedir nada. Si se hicieran las cosas con justicia, a estas horas yo sería lo que merezco...

VICTORIA.— (*Cortándole.*) Yo creo que cada cual tiene lo que se merece... A lo mejor a ti todavía no te lo han dado, pero ¿quién te dice que no tienes tu merecido...?

MARIANO.— ¡Ah! De manera que crees que tengo mi merecido.

VICTORIA.— Pues sí te voy a ser sincera...

MARIANO.— Claro, para ti no tiene ningún valor el que me pase todo el santo día trabajando como un burro en esas malditas contabilidades. A ti que te importa que cuando me meto en la cama me empiecen a bailar los números en la cabeza. Me paso muchas horas sin pegar el ojo, y aunque los cierro con todas mis fuerzas veo siempre números..., doses..., treses..., ochos..., todos los números... Y palabras..., palabras odiosas... Mercaderías, varios, clientes, efectos a pagar..., efectos a pagar..., ¡efectos a narices! A ti qué te importa que sea inhumano ese trabajo que hago por quinientas pesetas al mes..., ni las trampas que he de hacer diariamente para que los patronos del negocio puedan burlar a los de hacienda... Y no creas que hay que engañar en cinco o seis mil pesetas, no... Si no haces fraude por quinientas o seiscientas mil te echan... Y no se te ocurra pedir un aumento de sueldo, porque en seguida te dicen: «Las cosas están muy difíciles, el negocio no rinde plenamente»... Y me lo dicen a mí, que sé todo... Ahora, eso sí, ellos se fuman sus buenos puros, viajan, viven... (*Amargamente.*) Mientras yo tengo que pedirles diez duros, porque con lo de la oficina y esas chapuzas no acabamos el mes.

VICTORIA.— Pues no trabajes, o búscate otra cosa.

MARIANO.— Que no haga el trabajo. (*En tono de reproche.*) Si no lo hiciera te pondrías hecha un basilisco... Además, aunque quisiera buscar otra cosa no lo encontraría. Está todo muy difícil.

VICTORIA.— Insiste en el aumento de sueldo.

MARIANO.— No me harían caso. Saben que cualquier muerto de hambre se lo haría por ese precio y quizá por cien pesetas menos... Eso es lo malo; hay mucho muerto de hambre sin dignidad, y ellos lo saben y nos estrujan a placer... Qué les importa que mis hijos vayan a una academia de tres al cuarto. Los mejores colegios, todo lo mejor, para ellos...

VICTORIA.— Haz algo en lugar de chillar.

MARIANO.— Se dice muy fácilmente haz algo... Qué, qué...

VICTORIA.— Habla con tu hermano.

MARIANO.— ¿Con mi hermano?

VICTORIA.— Está muy bien situado. Está muy considerado en la fábrica. Dicen que es el mejor ingeniero.

MARIANO.— No me hables de mi hermano y no vuelvas a recalcar me su posición. A mí qué me importa mi hermano. Sólo me importo yo.

VICTORIA.— Él puede ayudarte.

MARIANO.— ¿Ayudarme ése? ¡Si ha sido toda su vida un egoísta!

VICTORIA.— Todo el mundo le considera mucho.

MARIANO.— Hipocresía. Lo ha hecho todo gracias a su hipocresía. Siempre haciendo carantoñas a mi madre... Hasta que le sacó los cuartos para pagarse los estudios. Él sabía tan bien como yo que a mi madre no le sobraba el dinero... Pero tenía que ser un señorito...

VICTORIA.— Si ahora pudiera buscarte algo...

MARIANO.— Aunque me tenga que morir en un rincón no le pediré nada.

VICTORIA.— Yo creo que te quiere.

MARIANO.— (*Despectivo.*) ¡Hipocresía!

VICTORIA.— Hijo, parece que le tienes envidia.

MARIANO.— ¿Envidia yo? ¿Yo envidia de ese desdichado? ¡No me hagas reír! ¡Puedo tener envidia de una buena persona, pero de mi hermano...! ¡Lo que hay que oír!

(*Un silencio. Suenan ocho campanadas.*)

VICTORIA.— ¿No vas hoy a la partida?

MARIANO.— ¿Cómo voy a ir, si no me han pagado la gratificación?

VICTORIA.— Ya estamos a dieciocho.

MARIANO.— Pues vete a decírselo al habilitado. ¿Sabes lo que me dice cuando voy a verle? Me dice: «¿Qué prisas tienes, hombre? Debes alegrarte. ¿No comprendes que así te dura más el dinero?» Como si el dinero durase algo. ¡Pero él qué sabe!

VICTORIA.— (*Levantándose, con acento de cariño.*) No te preocupes. Algún día serás tú jefe... No va a durar siempre esto.

MARIANO.— ¿Tú crees?

VICTORIA.— ¡Claro!

MARIANO.— A veces también pienso yo que esto no va a durar toda la vida, que algún día conseguiré levantar la cabeza. Son tantos años esperándolo, que ya dudo...

VICTORIA.— No dudes; lo que tienes que hacer es callar el pico, no hacer comentarios en la oficina. La gente es muy mala y no sabe cómo dices las cosas. Siempre has charlado por los codos y por ahí te pierdes. Hablarás mal en la oficina...

MARIANO.— ¿Yo?

VICTORIA.— Si no, no se comprende que te hayan dado de lado.

(Suena el timbre y va VICTORIA a abrir. Entra JOSÉ LUIS. Cojea. Viste una cazadora de paño fuerte sobre un mono de mecánico.)

JOSÉ LUIS.— Hola. (*Besa a su madre, da un despreocupado golpe en la espalda a su padre y se quita la cazadora. A sus padres.*) ¿Sabéis que me han subido el sueldo?

MARIANO.— Hombre, enhorabuena. ¿Cómo ha sido eso?

JOSÉ LUIS.— Verás; hace unos días...

VICTORIA.— (*Entusiasmada.*) Ya decía yo que tenías mucho porvenir en eso de la mecánica.

MARIANO.— No le interrumpas. (*Al chico.*) Cuenta...

JOSÉ LUIS.— El caso es que me ha llamado el gerente y me ha dicho: «Estamos muy contentos contigo. A partir de esta semana cobrarás como oficial.»

MARIANO.— (*Muy contento.*) ¡Estupendo!

VICTORIA.— Hijo, y eso, ¿cuánto supone?

JOSÉ LUIS.— No es mucho..., cuatro pesetas diarias...

MARIANO.— (*Hecho una furia.*) ¿A eso le llaman un aumento? ¿No les has dicho que se lo guardaran?

JOSÉ LUIS.— ¿Por qué se lo iba a decir?

MARIANO.— (*Remedándole.*) Por qué se lo ibas a decir..., por qué se lo ibas a decir... Por la sencilla razón de que tu trabajo vale mucho más, porque cuando ellos te han subido esa cantidad es porque les rindes como ochenta veces lo que te han subido... De eso sé bastante...

VICTORIA.— ¿Quieres dejar en paz al chico y no meterle esas ideas en la cabeza?

MARIANO.— Te advierto que no me voy a echar nada al bolsillo con decírselo; ni me pienso lucrar de sus beneficios... El que se lucra es su patrono. Ahora que, sí, tienes razón, a mí no debe importarme. Pero me fastidia que se engorden a costa de mi hijo, eso es todo. (*A su hijo.*) Además, a este paso no puedes pensar en casarte y tener una familia.

JOSÉ LUIS.— Por descontado que no, pero ya estoy hecho a la idea...

VICTORIA.— (*A su marido.*) No le des vuelos. Debe casarse, en lugar de ir a caer en manos de una lagartona que le saque los cuartos. Sería mucho peor. (*A su hijo.*) Debes pensar en llevar una vida ordenada y ...

JOSÉ LUIS.— (*Cortándola, fastidiado.*) Madre, que ya soy un hombre...

MARIANO.— Tiene razón el chico, ya es un hombre. Ahora que, si me hicieras caso, te casabas, pero tarde, tarde, cuanto más viejo mejor. Te casas joven y luego... No es negocio... Mírate en mi caso...

VICTORIA.— (*Salta, fastidiada.*) Te podrás quejar tú. Debía haberte tocado una de esas derrochonas que no se ponen a fregar por no romperse las uñas, ni cogen una aguja aunque las maten, ni se van al fin del mundo para comprar las sardinas dos reales más baratas. Una de esas te hacía falta a ti...

MARIANO.— De esas no puede haber por estos barrios.

VICTORIA.— ¡Huy, hijo! (*Haciendo ademán de multitud con las manos.*) Así, así las tienes.

JOSÉ LUIS.— Ya está bien, os pasáis el día como el perro y el gato. (*A su madre.*) ¿Hay algo para merendar?

VICTORIA.— ¿Qué quieres?

JOSÉ LUIS.— Café.

(VICTORIA *sale.*)

MARIANO.— Qué madre tienes...

JOSÉ LUIS.— Ahora tiene razón.

MARIANO.— Ella siempre tiene razón. (JOSÉ LUIS *pone la radio.*) Oye, hijo..., verás, es que no..., hasta el lunes... ¿Te han pagado hoy?

JOSÉ LUIS.— Sí.

MARIANO.— ¿No podrías...?

JOSÉ LUIS.— ¿Así andas y estamos a mediados?

MARIANO.— (Con *ademán de resignación.*) Todo se lo lleva la casa.

JOSÉ LUIS.— Tengo que dar a mamá... ¿Cuánto quieres?

MARIANO.— No sé... Para un poco de tabaco... Es hasta el lunes..., seguramente me pagarán...

JOSÉ LUIS.— ¿Te arreglas con cinco duros?

MARIANO.— Me sobra. (JOSÉ LUIS *se los da.*) En cuanto me paguen te los devuelvo... A tu madre no le digas nada, ya sabes... sus cosas... Yo no... no le diré que andas por ahí con la Encarna...

JOSÉ LUIS.— Yo no me escondo, no tiene nada malo...

MARIANO.— ¡Hijo, que todos sabemos como es!

JOSÉ LUIS.— (*Quemado.*) Es... es una mujer.

MARIANO.— Pero muy ligera de cascos, demasiado descarada, ¿no?

JOSÉ LUIS.— Es una gran persona, no tienes derecho a decir nada de ella.

MARIANO.— (*Cargado de razón.*) Que todo el mundo sabe lo que le pasó con el de Telégrafos...

JOSÉ LUIS.— No le pasó nada.

MARIANO.— Si te empeñas en meter la cabeza debajo del ala, a mí, allá cuentas.

(*Entra VICTORIA con un tazón de café con leche.*)

VICTORIA.— Está poco cargado. No había más café hecho.

JOSÉ LUIS.— Es igual.

(VICTORIA *trae el azucarero y una cuchara. Él remueve el café antes de tomarlo. MARIANO se pone la gabardina.*)

MARIANO.— Voy a comprar un poco de tabaco... De paso me acercaré a la tertulia para decir a ésos que no cuenten conmigo para la partida.

VICTORIA.— ¿Te frío los garbanzos con un poco de tocino?

MARIANO.— Como quieras. (*Acercándose a JOSÉ LUIS.*) Y tú, ¡no seas avestruz!

(Sale por la puerta de la calle en el momento que, por la calleja del foro, de izquierda a derecha, camino de la casa, aparecen muy amartelados PILAR y JACINTO. Ambos son jóvenes, de buen ver. PILAR, que, sin duda, ha visto salir a su padre, se suelta del brazo de su novio y va a esconderse en la esquina de su casa.)

JACINTO.— Pero chica...

PILAR.— (*Haciéndole ademán para que se calle.*) ¡Chist! Es mi padre. (*Un silencio. MARIANO cruza de acera y va a meterse en la taberna.*) Va a la partida.

JACINTO.— ¡Mujer...! ¿A estas alturas te escondes de tu padre? ¿Tanto miedo le tienes?

PILAR.— ¡Qué va! Si es un pedazo de pan. Lo que pasa es que se enfada por nada, y con tal de no oírle se puede dar dinero. Ahora que a bueno no hay quien le gane. Ya verás cuando le conozcas. (*Pensativa.*) Me da no sé qué cuando le oigo contar las cosas que le hacen en la oficina. No debían tratarle así, no se lo merece. Es muy listo, sabes, pero tiene muy mala suerte... No consigue que le den un buen cargo... Y se lo merece de verdad, te lo aseguro.

JACINTO.— Que no sea tonto, que proteste.

PILAR.— Si protestar, protesta; lo que pasa es que no le hacen caso. Ya sabes como son los jefes...

JACINTO.— Yo no me puedo quejar... de momento.

PILAR.— Si estuvieras en mi oficina ya verías. El jefe se pasa el día: «Señorita Pilar, esas cartas; señorita Pilar, ese archivo; señorita Pilar, las facturas; señorita Pilar, las copias». La señorita Pilar parece el unguento amarillo.

JACINTO.— En cuanto suba un poco en mi oficina ya verás como se queda ese señor sin unguento.

PILAR.— ¡Dios te oiga!

JACINTO.— ¿Bajamos hasta la esquina?

PILAR.— Es muy tarde...

JACINTO.— Cinco minutos.

PILAR.— Bueno.

(JACINTO la coge por el brazo y bajan un poco hacia la batería.)

JACINTO.— ¿Le has dicho eso a tu madre?

PILAR.— Sí. Dice que si lo hemos pensado bien.

JACINTO.— ¡Claro que sí!

PILAR.— Entonces... Me ha dicho que vayas cuando quieras. ¿Cuándo vas a ir?

JACINTO.— El martes me tienen el traje nuevo... ¿Te parece el miércoles, por la tarde...?

PILAR.— ¡Estupendo!

JACINTO.— ¿No te esconderás de tu padre luego?

PILAR.— Hombre, claro que no.

JACINTO.— Mi madre me ha dicho que me compran ellos el comedor, así que ya tenemos hasta para un viaje de novios... ¿Dónde vamos a ir?

PILAR.— ¡Yo que sé! Tienes cada pregunta...

JACINTO.— Y el dormitorio...

PILAR.— ¿Quieres hablar de otra cosa?

JACINTO.— Digo que el dormitorio te toca ponerlo a ti. Me lo ha dicho mi madre.

PILAR.— Ya... Menudo se va a poner don Mariano.

JACINTO.— Pues no lo compramos. Cuando me asciendan a mí nos vamos a tener que comprar otro más caro... Lo importante no es eso.

PILAR.— ¿Verdad...? *(Él asiente. Están muy próximos, se contemplan. Tienen cogidas las manos y, por fin, se dan un beso. Por el foro pasa un BORRACHO, cantando: «Cuando yo me muera dejaré dispuesto en el testamento que me han de enterrar, que me han de enterrar...»). Al pasar frente a ellos se detiene un momento, los mira, mueve la cabeza y sale de escena.)* Jacinto...

JACINTO.— ¿Qué?

PILAR.— No..., nada... *(Un silencio.)* ¿Te has emborrachado alguna vez?

JACINTO.— Sí, la Nochebuena pasada.

PILAR.— ¿Y te gustó?

JACINTO.— ¡Qué va! Al día siguiente me dolía el estómago y tenía la cabeza como vacía.

PILAR.— *(Con una sombra de tristeza.)* ¿Me prometes no emborracharte nunca?

JACINTO.— Mujer, tanto como nunca...

PILAR.— Bueno, por Nochebuena... te dejo...

JACINTO.— Te lo prometo.

PILAR.— Ya es muy tarde, tengo que ayudar a mamá...

(JACINTO la coge del brazo y van hacia el foro muy lentamente.)

VICTORIA.— *(Saliendo a recoger el tazón de la merienda, al tiempo que mueve la cabeza.)* José Luis, te has dejado encendida la luz del comedor.

(Sale JOSÉ LUIS, muy arreglado.)

JOSÉ LUIS.— No me he fijado.

VICTORIA.— Di que sí; mientras esté tu madre en casa, ¿para qué os vais a ocupar de ahorrar nada de nada? ¡Que lo haga ella! *(JOSÉ LUIS, sin decir palabra, se dirige a la puerta.)* ¿Dónde vas?

JOSÉ LUIS.— A dar una vuelta.

VICTORIA.— No vengas tarde.

(JOSÉ LUIS sale. VICTORIA apaga y se va. PILAR y JACINTO, que se habían quedado en la esquina de la casa de MARIANO, dándose otro beso, se separan, mirándose fijamente. Hablan muy bajo, como si quisieran respetar el silencio de la calle. Por fin, ella da media vuelta. JACINTO queda diciéndole adiós con la mano. Luego da a su vez media vuelta y sale por la izquierda. Un silencio. Suena el timbre de la casa. VICTORIA da al conmutador de la luz, se seca las manos en el mandil y abre.)

VICTORIA.— Vaya unas horas. Cada día vienes más tarde.

PILAR.— No te enfades.

VICTORIA.— No te enfades... Vienes a las tantas, y que haga tu madre todo...

Tu hermano se deja las luces encendidas, tu padre no hace más que despotricar, y luego lo arregláis con «no te enfades»... Anda, rica, quítate el abrigo, que me tienes que ayudar a pelar judías verdes. (*Hacen mutis las dos. Había salido primero VICTORIA, y, al darse cuenta de que su hija no ha apagado la luz, vuelve.*) ¡Di que sí, no apagues tú tampoco!

(Apaga y sale. Sale el PIANISTA por el foro. Viste un traje negro; no lleva corbata. Tiene metidas las manos en los bolsillos y se ha levantado el cuello de la americana. Se detiene frente al portal del lateral izquierdo, con la mirada perdida. Luego, saca una mano del bolsillo, canturrea tres o cuatro notas, sonrío y entra en el portal. También por el foro, de derecha a izquierda, salen ENCARNA y JOSÉ LUIS. Ella aparece descarada; quizá sea llamativa. Al adelantarse hacia el público se suelta del brazo de él. Ambos se paran. En el balcón, sobre el portal del lateral izquierdo, se enciende una luz.)

ENCARNA.— ¿Es que no hay otro cine peor en el barrio?

JOSÉ LUIS.— Lo que no hay son cuartos.

ENCARNA.— Los pintas. Pero ya lo sabes, a ese cine no voy. Además, tengo que estar a las diez en casa... Le toca mamar al niño.

JOSÉ LUIS.— (*La coge del brazo, iniciando mutis.*) Bueno, iremos a tomar alguna cosa por ahí...

(Desaparecen. Se oye el rumor de su conversación al alejarse. Empieza a sonar una melodía interpretada en un piano. Es una sonata. Al principio suena sin interrupción, pero, a medida que se avanza en la ejecución de la misma, se debe notar que su intérprete se detiene, insiste en algunas notas, las varía, etc. Se comprenderá que está componiendo. Por la puerta derecha sale PILAR con una

fuelle llena de judías verdes. Detrás viene su madre con dos cuchillos. Sin decir nada se sientan, frente a frente, y empiezan a pelar.)

PILAR.— Mamá...

VICTORIA.— ¿Qué?

PILAR.— Jacinto viene el miércoles a hablar con vosotros.

VICTORIA.— ¿De verdad pensáis casaros?

PILAR.— Sí.

VICTORIA.— Sois dos críos.

PILAR.— No tanto. Además, Jacinto gana suficiente... Al principio vamos a vivir con sus padres.

VICTORIA.— Vosotros veréis. Estas cosas hay que pensarlas bien.

(Un silencio.)

PILAR.— Jacinto sabe lo que se hace.

VICTORIA.— También lo creí yo de tu padre y mira...

PILAR.— Lo de papá es diferente... Tiene muy mala suerte...

VICTORIA.— Si no hablara tanto...

PILAR.— No es eso. La mala suerte puede tenerla cualquiera. Jacinto, por ejemplo. Ahora, cuando le asciendan a jefe de negociado, piensa que le nombren ayudante del cajero.

VICTORIA.— *(Asiente irónica.)* ¡Ya!

(Un silencio.)

PILAR.— He vuelto a ver al tío Lorenzo. Estuvo esta tarde en la oficina.

VICTORIA.— ¿Qué quería?

PILAR.— Nada. Siempre que va a verme me dice lo mismo, nunca quiere nada.

VICTORIA.— Es raro.

PILAR.— Eso pienso yo. Sólo me dice que me encuentra muy guapa, que si estáis bien y que si papá sigue tan tarambana. Me da una rabia...

VICTORIA.— Le conoce bien, es su hermano.

PILAR.— ¡Bah! Es tonto. Si yo tuviera una hermana me llevaría bien con ella.

Ya ves, con José Luis, a pesar de ser chico, no me llevo mal. Si él tuviera dinero, en lugar de hablar mal de mí, me ayudaría...

VICTORIA.— Cualquiera sabe lo que haría tu hermano si tuviera mucho dinero.

PILAR.— ¡Qué más da! Son ganas de complicar las cosas. Ni José Luis ni yo ni nadie de casa tendremos nunca dinero...

(Un silencio.)

VICTORIA.— *(Recogiendo las judías.)* Anda, ve poniendo la mesa...

(Sale. PILAR empieza a poner la mesa. Durante esta escena entrará y saldrá para ir poniendo las cosas necesarias: platos, vasos, cubiertos, etc. Previamente, habrá sacado de la cómoda-aparador un mantel a cuadros que extenderá sobre la camilla. En la puerta de la taberna han aparecido MARIANO y MARTÍNEZ. Éste es de igual edad que MARIANO.)

MARIANO.— *(Parándose ante la puerta.)* Completamente inútil, Martínez.

(Habla arrastrando las sílabas; se nota que ambos han bebido.) Contigo no hay quien juegue. Si llegas a cerrar a pitos, se tragan el cinco doble y nos llevamos la partida.

MARTÍNEZ.— Bueno, ¿y qué?

MARIANO.— Oye, ¿a ti te da igual ganar que perder?

MARTÍNEZ.— No me da lo mismo, pero me tiene que dar igual... Otras veces ganamos, ¿no? Es lo natural... Ganar siempre es aburrido. ¿Se te ha ocurrido pensar lo aburrido que sería si nos pagaran un sueldo diario en la oficina?

MARIANO.— Sería estupendo.

MARTÍNEZ.— Aburridísimo, hombre, aburridísimo. Lo poco agrada y lo mucho enfada.

(Están hablándose cara a cara, con ademanes de borrachos. Mientras hablan tragan saliva, hacen pausas, se palmotean a sí mismos o mutuamente.)

MARIANO.— ¿Es que a ti tu mujer no te pide dinero siempre?... ¿Más dinero del que ganas?

MARTÍNEZ.— ¡Claro!

MARIANO.— Y tú, ¿qué le dices?

MARTÍNEZ.— Nada, me callo.

MARIANO.— ¿Y ella no chilla?

MARTÍNEZ.— Toma, no, como todas...

MARIANO.— Ah, sí, ¿eh? Y tú... te callas..., ¿eh?

MARTÍNEZ.— Sí.

MARIANO.— Chico, no te entiendo.

MARTÍNEZ.— Es muy sencillo... Filosofía, Mariano, filosofía... Ves..., ella me chilla... Entonces yo hago como si no la oyera, me acuesto y, aunque no me pueda dormir, me hago el dormido. ¿Está claro?

MARIANO.— *(Duda un momento y vuelve a la carga.)* ¿Y no te zarandea?

MARTÍNEZ.— Estaría bueno... Se queda mirándome, como diciendo: «Es inútil». Como tiene razón, me doy, media vuelta y a dormir.

MARIANO.— ¡Es bochornoso! Así no puedes llegar a ninguna parte. Tienes que imponerte, eso es, imponer tu carácter...

MARTÍNEZ.— ¿Para qué?

MARIANO.— Para..., para..., para que te respeten, hombre.

MARTÍNEZ.— ¿Cómo a ti?

MARIANO.— Sí, señor: como a mí.

MARTÍNEZ.— No salgas ahora con eso, Mariano. A ti, ¿de qué te sirve chillar en tu casa, en la oficina, en todas partes?... Anda, dímelo, ¿de qué?

MARIANO.— Aún es pronto, pero llegará el día en que se imponga mi carácter por encima de todo eso. *(Explicándose.)* Hay que esperar... Las cosas no suceden de golpe... ¿Tú crees que no terminarán en la oficina por convencerse todos los jefes de que mi manera de ser vale más que todo el servilismo de los demás? Puede que suceda de un momento a otro. ¿Sabes la vacante que hay ahora de tesorero? *(MARTÍNEZ asiente.)* ¿Quién te dice que no me la van a dar a mí un día de estos? *(MARTÍNEZ se echa a reír desafortadamente.)* Tú riete.

(MARTÍNEZ empieza a caminar por el foro hacia la izquierda; su risa se oye insistente.)

MARTÍNEZ.— *(Dentro.)* Un día de estos... ¡Ja, ja, ja!...

(MARIANO se va tras él. PILAR está terminando de poner la mesa. Cuando entra su padre, que se detiene en el umbral, se vuelve y dice.)

MARIANO.— Pasa, hombre...

MARTÍNEZ.— *(Dentro.)* Es tarde...

MARIANO.— ¡La noche es joven! ¡Pasa!

MARTÍNEZ.— *(Dentro.)* Que luego nos enzarzamos y me voy a las tantas.

MARIANO.— Sólo un momento... *(MARTÍNEZ entra.)* Hola, Pili... *(A MARTÍNEZ.)*
Mira qué chica tengo, Martínez. Cada día más guapa... y no tu chico,
que es más feo que Picio.

MARTÍNEZ.— ¿Cómo quieres que sea?

MARIANO.— ¡Menos feo!

MARTÍNEZ.— Las desgracias tienen que ser completas, y así ni te das cuenta
de que lo son.

MARIANO.— Me pone enfermo tu manera de ser. No puedes resignarte así con
las cosas. Lucha, grita, grita si es preciso hasta que te desgañites...

(PILAR ha hecho mutis.)

MARTÍNEZ.— ¿Para qué?...

MARIANO.— Para que oigan.

MARTÍNEZ.— Si no me van a hacer caso...

MARIANO.— Aunque no te hagan caso. Que te oigan. Lo importante es que te
oigan. Y si chillas te oirán. ¿Verdad que te oirán?

MARTÍNEZ.— Me tienen que oír, claro.

MARIANO.— ¿Ves como tengo razón?

MARTÍNEZ.— Tonterías. En la oficina me oirían como yo a mi mujer... Tú,
cuando vas al campo...

MARIANO.— No voy al campo, no tengo tiempo.

MARTÍNEZ.— Alguna vez habrás ido...

MARIANO.— Sí, de pequeño...

MARTÍNEZ.— Y oías cantar a los grillos en verano, ¿eh?

MARIANO.— Sí.

MARTÍNEZ.— Y ¿qué hacías?

MARIANO.— Nada.

MARTÍNEZ.— ¿Nada? Exactamente, nada... A los grillos nadie les hace caso y, sin embargo, fíjate como se les oye en el silencio del campo..., pero nadie les hace caso. (*Encogiéndose de hombros.*) ¿Para qué, si aunque se desgañiten sabe todo el mundo que no muerden? Luego llega el otoño, y se mueren... ¿Se mueren o no se mueren?

MARIANO.— ¡Bah! Los grillos son muy pequeños...

MARTÍNEZ.— ¿Eres tú un gigante?

MARIANO.— Soy un hombre, un racional, un ciudadano.

MARTÍNEZ.— (*Zumbón.*) Enhorabuena, hombre. Y ¿para qué te sirve?

MARIANO.— Para exigir mis derechos.

MARTÍNEZ.— ¿Qué derechos?

MARIANO.— Mis derechos... Esos derechos que me corresponden... Soy un racional, un hombre, un ciudadano...

MARTÍNEZ.— No tienes arreglo, Mariano... Confórmate con lo que tienes y deja a los demás, respeta sus cosas...

MARIANO.— Respeto a todo el mundo.

MARTÍNEZ.— Bueno; pero, además, déjales vivir a gusto, no les molestes.

MARIANO.— Es que yo no puedo tolerar...

MARTÍNEZ.— No puedes... No puedes... ¡Bah! Te pasas la vida no pudiendo y al final tienes que poder... ¿Sabes por qué te pasa eso? Porque no te sabes conformar, y eso no puede ser. Hemos nacido para cobrar nuestra nominita y hacer nuestro trabajo en una oficina... No tenemos que preocuparnos... Cuando hemos venido para eso sería porque estábamos destinados a ello..., haríamos falta..., pero... no va a durar siempre, naturalmente... Algún día se acabará...

MARIANO.— Claro, ves..., ¡algún día!

MARTÍNEZ.— ¡Déjame terminar! Algún día se acabará la partida, la nómina, los jefes...

MARIANO.— (*Incrédulo.*) ¿Cuándo?

MARTÍNEZ.— Cuando nos muramos. Y entonces, ¿quién nos dice que no cobremos la nómina por delante de los que ahora son nuestros jefes?

MARIANO.— (*Señalando al suelo.*) Aquí, aquí es donde tenemos que cobrar más.

MARTÍNEZ.— (*Con resignación.*) O allí.

MARIANO.— ¡Puf! Te resignas enseguida.

MARTÍNEZ.— No tengo más remedio. Me va a dar igual, así por lo menos...

MARIANO.— ¿Qué? ¡Vegetas, no haces otra cosa que vegetar!

MARTÍNEZ.— Por lo menos, no me muero de ansiedad. Espero tranquilamente.

MARIANO.— Esperas... ¿qué?

MARTÍNEZ.— ¡Lo que sea!

MARIANO.— ¡Ah, no, eso sí que no, porque...!

MARTÍNEZ.— (*Desesperado.*) ¡Me quieres dejar en paz!

MARIANO.— (*Para sí.*) ¡Insensato, ignorante!

VICTORIA.— (*Saliendo con una fuente de repollo.*) ¡Buenas noches, Martínez!
¿Qué tal por casa?

MARTÍNEZ.— Como siempre.

MARIANO.— Eso es lo malo...

VICTORIA.— ¿Quiere usted cenar con nosotros?

MARTÍNEZ.— Ya me iba... No quería entrar, porque sé lo que pasa, pero se ha empeñado éste...

VICTORIA.— (*Con mala intención.*) ¿Han estado en la partida?

MARTÍNEZ.— (*Mientras MARIANO le hace señas que él no comprende.*) Sí.
Hoy nos ha tocado perder. Mañana será otro día... (*Silencio embarazoso.*) Bueno, me marchó, que si no en casa...

VICTORIA.— Recuerdos a Felisa.

MARIANO.— (*Malhumorado, rencoroso.*) Adiós...!

MARTÍNEZ.— De su parte.

(*Sale.*)

VICTORIA.— (*Sentándose a la mesa.*) Conque a comprar tabaco... ¿verdad? Y de paso a jugar la partida... ¡A perder! (*Un silencio. MARIANO se sirve poco.*) No tienes gana, ¿eh? Habrás tomado algo por ahí, en casa de Tomás... Croquetas de esas que hace con las sobras, ¿eh? (*MARIANO calla.*) Para esas cosas el dinero no falta. Es importante que no falte. Aunque falte en casa no importa; en casa está Victoria haciendo números para que no falte de comer.

PILAR.— (*Dentro.*) Mamá, ¿cuajo ya la tortilla?

VICTORIA.— Sí, y en cuanto esté la traes. (*Un silencio durante el cual comen.*)
Mañana traen la letra de la radio...

MARIANO.— (*Sin levantar la cabeza del plato.*) Pediré un anticipo...

VICTORIA.— ¡Si te administraras mejor...!

MARIANO.— (*Estallando.*) Es que quieres que lleve los bolsillos llenos de libros de contabilidad... Tabaco a caja, limosna del ciego de la plaza a caja, caja a sueldo, caja a trabajos extras, vaso de vino a...

VICTORIA.— ¡Cállate!

MARIANO.— ¡No me da la gana! Lo que hace falta no es contabilidad, es cuenta de capital. Con buena cuenta de capital se hacen milagros, que no son tales milagros, sino simplemente vivir, vivir como personas... Vivir racionalmente o, por lo menos, como los demás... (*Un silencio.*) Quién sabe si Martínez tiene razón; quién sabe si después de todo estaremos nosotros por delante de ellos en la nómina...

VICTORIA.— ¿Qué dice Martínez?

MARIANO.— No lo entenderías... Son cosas de hombres...

VICTORIA.— Ese Martínez te está ayudando a volverte el juicio.

MARIANO.— ¿Cómo me va a volver el juicio si es tonto?

VICTORIA.— Entonces, ¿por qué piensas que tenga razón él en algo?

MARIANO.— Mujer, hasta los tontos tienen razón a veces.

VICTORIA.— No será tan tonto.

PILAR.— (*Saliendo con la tortilla.*) Ha salido un poco dura...

VICTORIA.— Haberle puesto cebolla, que la suaviza.

PILAR.— A papá no le gusta.

MARIANO.— Anda, hija, siéntate... (*A su mujer.*) ¿Y José Luis?

VICTORIA.— Salió.

MARIANO.— A ese tengo que hablarle muy en serio.

VICTORIA.— No te hará caso. Estamos acostumbrados a oírte chillar.

MARIANO.— Hablaré sin gritarle.

VICTORIA.— No sabes hablar sin gritar. Así, no me choca que nadie te haga caso...

MARIANO.— La única que no me hace caso eres tú, que no me respetas...

VICTORIA.— Ni tus hijos...

MARIANO.— ¡Porque no tenéis vergüenza!

VICTORIA.— Porque eres inofensivo...

PILAR.— Mamá...

VICTORIA.— Tú te callas. He dicho inofensivo, y lo sigo diciendo... A ver dónde se ve el fruto de esos berrinches que se toma el señor... En ningún sitio... Es inofensivo... Perro que ladra...

MARIANO.— *(Pegando un puñetazo en la mesa.)* ¡Basta!

(Se hace un silencio.)

VICTORIA.— *(Rehecha.)* Te advierto que no me asustas.

MARIANO.— Pilar, trae el vino.

VICTORIA.— No hay.

MARIANO.— *(A su hija.)* Acércate a la taberna y...

VICTORIA.— El dinero por delante.

MARIANO.— *(Imperativo.)* ...y le dices a Tomás de mi parte que te dé un cuartillo, que mañana se lo pagaremos.

(PILAR coge una botella vacía del aparador y sale. Se la ve entrar en la taberna.)

VICTORIA.— Di que sí, no seas tonto... Gástate los cuartos antes de tenerlos...
Nunca tendremos nada... ¡A ti qué más te da!

MARIANO.— Si hay otros que se compran vinos y cosas mejores todos los días..., hasta filetes se compran..., ¿por qué no puedo yo?

VICTORIA.— Porque no eres rico...

MARIANO.— Bonita razón...

VICTORIA.— No sé si será bonita, pero es. ¿Por qué no te sientes dadivoso también a la hora de comprarme ropa? También a mí me gustaría que me compraras buenos vestidos, vestidos de los que se ven en los escaparates, de los que me prometías tanto hace veinticinco años, en el parque. ¿Te acuerdas?

MARIANO.— *(Suplicante.)* Mujer, ya está bien, cállate.

(Un silencio. Comen. PILAR ha salido de la taberna con la botella llena de vino. Mira hacia la izquierda.)

PILAR.— ¡Eh! ¡José Luis, date prisa, que ya estamos cenando!

JOSÉ LUIS.— *(Dentro.)* ¡Déjame en paz!

(PILAR entra en la casa, deja el vino sobre la mesa y se sienta.)

PILAR.— ¿Le has dicho eso a papá...?

VICTORIA.— Qué.

PILAR.— Lo de Jacinto... Lo nuestro.

VICTORIA.— Ah, sí. Oye, el novio de la chica quiere venir a hablar con nosotros.

MARIANO.— ¿Para qué?

VICTORIA.— Quieren casarse.

MARIANO.— ¡Vaya por Dios! (*Un silencio.*) ¿Y a qué se dedica?

PILAR.— Trabaja en una oficina...

MARIANO.— ¡Estúpida! No has podido buscarte otra cosa. Tiene que ser precisamente uno que trabaje en una oficina, un desgraciado como tu padre... Tendrá que llevar contabilidades para ayudarse a vivir, tendrá que pedir anticipos, te hará un vestido cada dos años... Y estará fastidiado, y tú. ¿Es que no hay médicos, abogados, ingenieros...?

PILAR.— Yo no los conozco. ¡Además, Jacinto tiene mucha voluntad, es muy trabajador!

MARIANO.— (*Como gruñendo.*) Hasta que se canse... Y, en el mejor de los casos, llegará como tu padre a conseguir al final un carguito, nada del otro mundo; pero entre tanto...

VICTORIA.— ¡Qué estás diciendo! ¿Qué puesto tienes tú?

MARIANO.— Me lo van a dar de un momento a otro. Me lo tienen que dar. Seguramente a estas horas ya estoy nombrado para esa vacante... (*VICTORIA ha recogido los platos de la sopa, y sale.*) Tu madre tiene un genio... No se da cuenta de que la vida es muy dura. Se cree que todo se arregla gruñéndome. Como se pasa todo el tiempo metida en casa... Debía conocer la vida para comprender lo que pasa por ahí: los intereses, las envidias, todo... Tú, sí tienes confianza en mí, ¿verdad?

PILAR.— Claro que sí, papá.

MARIANO.— (*Persuasivo.*) Hazme caso, Pili, no te cases con ese chico. Tú eres muy guapa... El otro día cuando salías del metro, frente al mercado, vi como un señorón paraba su coche para mirarte. Puedes casarte con quien te dé la gana. Con el más millonario del mundo.

PILAR.— ¡Jacinto puede llegar a serlo!

MARIANO.— ¿Millonario?

PILAR.— Sí.

MARIANO.— (*Sonriendo amargamente.*) Tendría que tomar otro camino.

(Entra VICTORIA, que recoge los cubiertos y los platos, incluido el suyo, del que no ha probado bocado.)

PILAR.— ¿No vas a comer tortilla, mamá?

VICTORIA.— No.

(Sale. PILAR se levanta y empieza a recoger los cubiertos y el mantel, haciendo luego mutis. MARIANO queda con la botella y un vaso. Beberá lentamente, hasta terminar con el vino. Por la calleja del foro pasa muy deprisa ENCARNA.)

JOSÉ LUIS.— *(Dentro.)* ¡Ven aquí, espera!

(Ella se da media vuelta y, cuando de nuevo va a continuar su camino, llega JOSÉ LUIS y la coge por un brazo.)

ENCARNA.— Suéltame, estáte quieto, me voy a casa.

JOSÉ LUIS.— Pero, ¿qué te pasa?

ENCARNA.— *(Como escupiéndole a la cara.)* ¡Estoy harta de ti!

JOSÉ LUIS.— Mujer...

ENCARNA.— ¡Ni mujer ni nada! Quiero un hombre a mi lado, un hombre, no un pelele... Un hombre que cuando alguien me mire como ése, le parta la boca... Cobarde...

JOSÉ LUIS.— Si no me ha dado tiempo...

ENCARNA.— A ti qué te va a dar... Sabes muy bien que ese lleva navaja. ¡Cobarde!

JOSÉ LUIS.— Soy tan hombre como ése, como cualquiera.

ENCARNA.— ¿Un hombre tú? Ja, ja, ja. Tú, que te conformas con cualquier cosa.

JOSÉ LUIS.— ¿Qué quieres que haga, Encarna?

ENCARNA.— ¡A mí no me lo preguntes!

JOSÉ LUIS.— Es que no quieres comprender que está todo muy difícil.

ENCARNA.— Trabaja más.

JOSÉ LUIS.— ¡Qué más quisiera!

ENCARNA.— No me vengas con cuentos... Si te empeñaras... Ahí tienes a Paco, el de la farmacia. Está ganando lo que quiere...

JOSÉ LUIS.— *(Picado.)* ¿Sabes cómo lo ha hecho?

ENCARNA.— Ni me importa; el caso es que lo ha hecho, que se va del barrio.

JOSÉ LUIS.— ¡Maldito barrio! Siempre con el barrio a vueltas. No sé que tienes que decir de él. Es un barrio más...

ENCARNA.— Es asqueroso. Todo el mundo se ocupa de mí..., de mi hijo..., como si fuera la única... Me gustaría conocer las interioridades de la Adela, o lo de Tomás con su prima... Eso sí que debe ser monstruoso, y no lo mío.

(Un silencio.)

JOSÉ LUIS.— Ya sabes que cuando consiga algo mejor nos vamos de aquí.

ENCARNA.— Vente a vivir conmigo. Entonces no me importaría el barrio.

JOSÉ LUIS.— A mí, sí...

ENCARNA.— ¡Es verdad! ¿Qué diría la gente si lo supiera? ¿Qué dirían papá y mamá? José Luis se ha ido a vivir con ésa. José Luis es un ... Pues ya lo sabes... Quiero un hombre. Y si no lo hay, ya lo será algún día mi hijo, que tanto importa a la gente.

JOSÉ LUIS.— A mí eso no me importa.

ENCARNA.— Vente a vivir conmigo...

JOSÉ LUIS.— De momento no puedo.

ENCARNA.— Claro... *(Mirándole fijamente.)* Cobarde, pelele, que eres un pelele...

(Se va riendo. Se oye más lejos la risa. Vuelve a escucharse la canción del BORRACHO, que pasa ahora en dirección contraria; se para delante de JOSÉ LUIS, y después entra en la taberna. JOSÉ LUIS inicia el camino hacia su casa. Su cojera es más visible. Da la impresión de ir arrastrándose. Un breve silencio y suena el timbre de la casa. Sale VICTORIA a abrir.)

VICTORIA.— ¡Ya era hora! *(JOSÉ LUIS, sin decir nada, se sienta a la mesa.)*
¿Quieres cenar?

JOSÉ LUIS.— No. (*Va a servirse vino de la botella y se da cuenta de que está vacía.*) ¿No hay vino?

MARIANO.— (*Que ha levantado la cabeza de la mesa donde parecía dormir, habla completamente borracho.*) Se lo ha bebido tu padre.

VICTORIA.— Estás borracho.

MARIANO.— (*Encogiéndose de hombros.*) Estoy contento. (*A su hijo.*) Tú estás triste... No estés triste, chico, ¿para qué?... Te va a dar lo mismo. (*Cogiendo la botella y volcándola.*) Victoria, acércate a la taberna y trae vino... Es para el chico... Le dices a Tomás que mañana...

VICTORIA.— ¡No traigo vino!

MARIANO.— Ya la oyes. No hay vino. No quiere tu madre. ¡Chist! Chitón, que se enfada tu madre.

VICTORIA.— ¡Acuéstate, Mariano!

MARIANO.— ¿Ves, José Luis? Esto es el matrimonio... Acuéstate...

VICTORIA.— ¿Por qué no te marchas de una vez, si estás tan harto?

MARIANO.— No, no, no, no, no. No puedo irme. Tengo que traer el sueldo y la gratificación. (*A su hijo.*) Yo tengo que traer el sueldo, entero...

VICTORIA.— Para eso eres hombre... Todos los hombres...

MARIANO.— Todos los hombres que tienen sueldo. (*A su hijo.*) Tú y yo somos hombres de sueldo. Hombres de nómina y jubilación... Tenemos suerte. Los mendigos no tienen jubilación, se mueren ejerciendo, no tienen años. Nosotros, sí, tenemos setenta años. Ni uno más ni uno menos... Pero yo no quiero... El otro día se lo decía a Martínez: «Que me quiten la jubilación, no la necesito, lo que necesito ahora es dinero, todo mi dinero, ¡que me lo paguen!» ¿Y sabéis lo que me contestó? ¡Que soy un iluso! Que no miro al mañana... Como si hubiera mañana... (*A VICTORIA, que va a hacer mutis.*) Mañana me llamas a las ocho, tengo que ir a la oficina... (*Ríe.*) Siempre tengo que levantarme a las ocho para ir a la oficina y siempre me fastidia... ¿Sabes por qué? Porque todos los días son iguales... Siempre me encuentro a la misma gente en el camino, siempre llevo a firmar el parte cuando lo están metiendo en el despacho del jefe, siempre veo al jefe con el mismo traje, entrando siempre a la misma hora, por el mismo pasillo que huele a legajos, con su andar de buey cansino... ¿Sabes lo que te digo? En cuanto me nombren tesorero me haré un traje gris claro, muy alegre, y luego otro, y otro, y muchos... Me cambiaré todos los días de traje... Y un día entraré con un ramo de flo-

res, otro con un violín, otro con un perro... Cuando me apetezca, cantaré esa canción que canta Consuelito. (*Cantando.*) «Desde el día en que te vi, la vida para mí es de color de rosa...» (*Hablando.*) Je, je, de color de rosa... Pero nada de cantar a media voz, no, no... A grito pelado. Y dejaré silbar a Fernández. (*Triste.*) El pobre está muy viejo y no le dejan silbar. Le diré: «Silba lo que quieras, Fernández». Se pondrá muy contento... Seguro... Más de una vez le he visto en la ventana del retrete silbando a pleno pulmón. Y lo hace bien... Además, ya está para jubilarse... No dejarle silbar es un crimen. (*Para sí.*) Eso no está bien. Qué va a estar bien... ¡Ni mucho menos! (JOSÉ LUIS *está callado, mirando fijamente a su padre.*) ¿Por qué me miras así? (*Un silencio.*) ¿Te molestó? (JOSÉ LUIS *calla.*) ¿Has vuelto a ver a ésa?

JOSÉ LUIS.— (*Como desafiándole.*) La veo todos los días.

MARIANO.— Haces mal, muy mal.

JOSÉ LUIS.— Puedo hacer lo que quiera. Soy mayor de edad.

MARIANO.— ¿Y crees que tu padre es una piltrafa? ¿Crees que no tiene autoridad, que no puede exigirte...? (*Exaltándose.*) Puedo, ya lo creo que puedo... y te prohíbo que vayas con ella.

JOSÉ LUIS.— ¿Quién lo ha dicho?

MARIANO.— Yo.

JOSÉ LUIS.— ¿Y quién eres tú?

MARIANO.— Quién soy yo..., je, je, je..., tienes razón, hombre. (*Un silencio.*) ¿Te piensas casar con ella?

JOSÉ LUIS.— (*Despectivo.*) Yo qué sé.

MARIANO.— Y... ¿piensas reconocer al chico del de teléfonos?

JOSÉ LUIS.— (*Pega un puñetazo a la mesa.*) Cállate, padre, estás borracho. (*A gritos.*) ¿Para eso querías los cinco duros?

MARIANO.— Lo quería para..., para lo que me ha dado la gana... Soy tu padre. No tienes nada que echarme en cara. Te has comido muchos duros míos.

JOSÉ LUIS.— Patatas y sardinas. ¡Vaya cosa! Lo come cualquiera... Pero si he querido un traje he tenido que trabajar.

MARIANO.— (*Arrepentido de lo dicho.*) Jamás he gastado en lujos para mí.

JOSÉ LUIS.— ¿Y en vino?

MARIANO.— ¡A ti qué te importa!

JOSÉ LUIS.— Me importa mucho. Mi madre...

MARIANO.— Vete de aquí ahora mismo si no quieres que te cruce la cara. (*Se había levantado y vuelve a sentarse, como agotado.*) ¿Crees que no tengo energías para darte una bofetada? ¡Las tengo! Ya lo creo que las tengo. Eso es lo que te pasa a ti, que nunca te he puesto la mano encima. Si te hubiera calentado a tiempo, a estas horas me respetarías...

JOSÉ LUIS.— Siempre andas pensando lo que debías haber hecho. ¡Haberlo hecho! Pero no estés fastidiándome a todas horas con la monserga.

MARIANO.— ¿Qué más? Anda, di todo lo que piensas. (*JOSÉ LUIS calla.*) Dilo, no te quedes nada dentro.

JOSÉ LUIS.— Pienso cosas más importantes.

MARIANO.— (*Levantándose. Se tambalea.*) Victoria, Victoria... Tu hijo está pensando cosas importantes. (*A su hijo.*) Imbécil, cobarde, ¿por qué no te enfrentas de una vez con tu padre?

VICTORIA.— (*Aparece secándose las manos.*) ¿Qué os pasa?

JOSÉ LUIS.— Nada, que está empeñado en armar bronca.

MARIANO.— (*Amenazándole.*) Embustero, eres tú, tú, que no sabes lo que es el respeto. Esa tirada te tiene envuelto.

VICTORIA.— (*Aparte, a JOSÉ LUIS.*) Tiene razón tu padre.

(*JOSÉ LUIS hace ademán de hablar, y ella se lo impide.*)

MARIANO.— Él no me ha visto trabajar nunca. Sólo me ha visto beber vino. (*JOSÉ LUIS se ha ido hacia la puerta.*) Ya veremos qué hace el señorito cuando tenga mis años. Pero no, qué va; el beberá zumo de rosas para que sus hijos o los hijos de otros...

JOSÉ LUIS.— (*Abalanzándose hacia él.*) O te callas o ...

(*Cuando llega al lado de su padre, éste le pega una bofetada.*)

MARIANO.— Ya está. ¿Lo ves? Te he tenido que pegar.

(*JOSÉ LUIS le mira con odio, y sale.*)

VICTORIA.— (*Reconviniéndole.*) Pero Mariano...

MARIANO.— (*Queriendo excusarse.*) Yo no quería, no quería. (*Coge la botella y la estampa en el suelo. Mira a su mujer. Un silencio.*) Di algo... Llámame otra vez borracho... ¡Di algo!

VICTORIA.— No has debido pegarle. No tienes fuerza moral, y ya es un hombre.

MARIANO.— También estás de su parte, ¿eh? Todos contra mí... Me lo merezco, por majadero... Mariano es un canalla, un mal padre, un mal marido. Mariano es un mal empleado, Mariano es un mal jugador de dominó..., un borracho... (*Excitándose.*) ¡Mariano es como lo ha hecho Dios y lo será toda su desgraciada vida! ¿Qué culpa tengo yo? Ninguna. ¿Te crees que no me gustaría ser como Martínez o como cualquier otro del barrio? Claro que me gustaría; a ellos las cosas les resbalan; a mí, no. No puedo soportar que un hijo mío sea un desgraciado. ¿Te enteras? Bastante sé yo de eso... Ni que se hagan mal las cosas en la oficina... Ya sé, sé que no consigo más que calentarme la cabeza, pero no lo puedo remediar... ¿Crees que no me gustaría ser de otra forma? Pues sí; lo que pasa es que no puedo. Además..., ¿es que se puede ser de otra forma?

VICTORIA.— No aprenderás a callarte...

MARIANO.— No quiero callarme.

VICTORIA.— (*Rabiosa.*) No quieres... Eso es lo que te pasa, que no quieres a nadie...

MARIANO.— (*Dolorido.*) ¿Lo dices tú?

(*VICTORIA hace un gesto y sale murmurando un «¡Bah!».*)

MARIANO.— (*Viéndola irse, como si tratara de convencerla.*) Quiero querer a todo el mundo, pero nadie me da pie. Sí, vete a dormir. ¡Para qué vas a escuchar al viejo gruñón! El viejo gruñón no muerde... Tienes razón. Lo importante es sonreír, fingir que se quiere, y morder..., morder fuerte..., pero yo no sé*.

* Nota del Autor.- El día del estreno, en este momento, mientras Mariano se derrumba sobre una silla, caía lentamente el telón. Dejo, sin embargo, el final primitivo, por estimar que ambos pueden utilizarse en futuras representaciones sin variar más que plásticamente el final de esta primera parte. En definitiva, el director que la monte será quien decida si prefiere terminar en este momento o después de la próxima escena.

(Durante estas frases, por el foro, de derecha a izquierda, pasa ENCARNA del brazo de un CHULO. Se paran frente a la taberna un momento; ella ríe mientras él la habla al oído. El PIANISTA se asoma a la ventana. Fuma un cigarrillo y silba unas notas. Se pasa una mano por el pelo. ENCARNA y el CHULO siguen su camino mientras ella ríe histéricamente. Simultáneamente con estas risas se oye el estridente cantar de un grillo, que hará más áspera la canción del BORRACHO, cuya voz se oye dentro de la taberna: «Cuando yo me muera, dejaré dispuesto...» Ya en el exterior sigue cantando: «...en el testamento que me han de enterrar...» Durante estas últimas frases ha bajado hasta el farol que hay en la calle, en primer término izquierda, al que se ha agarrado con fuerza para no caer, mientras termina con el último verso del estribillo: «...que me han de enterrar.» El PIANISTA le mira, se estremece de frío, tira la colilla, se mete y cierra. El BORRACHO se tambalea.)

MARIANO.— ¡Bah! Morder, morder...

(Hace un movimiento como si quisiera ahuyentar algún mal pensamiento. Sale. Al instante regresa, apaga la luz y vuelve a salir, mientras cae rápidamente el telón.)

ACTO SEGUNDO

Atardecer de un día otoñal. La calle está casi en sombras, mientras la casa se encuentra envuelta en una ingrata penumbra. A medida que avanza la acción, va oscureciendo hasta hacerse de noche. En el momento de alzarse el telón se escucha el piano del compositor.

(En escena está PILAR barriendo. Con el cogedor recoge la basura del suelo. Va a llevarse la basura, cuando repara en la zamarra que hay sobre una silla.)

PILAR.— *(Llamando.)* ¡José Luis, José Luis!

(Deja el cogedor y la escoba y toma la zamarra.)

JOSÉ LUIS.— *(En la puerta.)* ¿Qué pasa?

PILAR.— *(Alargándole la zamarra.)* Llévate esto a tu cuarto.

JOSÉ LUIS.— ¿Por qué? Siempre esta ahí.

PILAR.— Va a venir Jacinto.

JOSÉ LUIS.— No se morirá si la ve. En su casa también habrá ropa.

PILAR.— *(Saliendo con la zamarra en las manos. Entre dientes.)* Majadero.

JOSÉ LUIS.— Eh, tú, trae aquí eso, me la voy a poner.

PILAR.— *(Dentro.)* Ven tú por ella.

(Sale con un mantel blanco.)

JOSÉ LUIS.— Tú eres tonta, ¿verdad?

(Sale. PILAR deja sobre la mesa, sin desdoblarlo, el mantel, y va a por el cogedor que dejó en el suelo. Barre algo que se ha caído, y, cuando se dispone a hacer mutis, aparece JOSÉ LUIS con la zamarra puesta.)

PILAR.— ¿No te quedas?

JOSÉ LUIS.— Por no aguantar a toda la familia y al convidado...

PILAR.— ¿No será que tienes que aguantar a la Encarna? Anda que como se enteren papá y mamá...

JOSÉ LUIS.— Nada, no pasará nada. Soy un hombre.

PILAR.— Eres un tonto. Irte a fijar en ésa... lo peor del barrio... Dónde tendrás los ojos...

JOSÉ LUIS.— Buuuueno.

(Hace un gesto de fastidio y sale dando un portazo. Ahora se oye con toda claridad la sonata del músico, y seguirá oyéndose hasta que suene el timbre de la casa. PILAR sale con el cogedor y la escoba y vuelve a entrar casi en el acto. Extiende el mantel y coloca unos vasos sobre la mesa. Mira el mantel, deshace con el canto de la mano una posible arruga y vuelve a mirarlo complacida. JOSÉ LUIS ha cruzado la calle y se ha metido en la taberna. Por la izquierda aparece un FAROLERO con su pértiga. Anda cansinamente. Llega hasta el farol que hay en primer término, le arrima la pértiga y contempla satisfecho como luce. Después, da media vuelta y desaparece. Se oye el ronquido de un automóvil que se aproxima y por fin se detiene. PILAR entra en el interior de la casa. Sueña el timbre. Parece que la música del compositor se hubiera atascado. Unas veces machaca el mismo compás, y otras se hacen largas pausas, interrumpidas por una nota estridente. PILAR abre la puerta.)

PILAR.— ¡Hola, tío Lorenzo!

LORENZO.— *(Mira todo con recelo, como si esperase encontrar o no encontrar algo. En voz baja.)* ¿Y tu madre?

PILAR.— Ha salido a comprar algunas cosas. Vendrá enseguida...

LORENZO.— ¡Ah!

PILAR.— Siéntate. *(Mirándole.)* Se me hace raro verte...

LORENZO.— Pues nos vemos con frecuencia.

PILAR.— No, quiero decir que es raro verte aquí, en casa. Hace un siglo que no venías...

LORENZO.— *(Sentándose y mirando lo que hay sobre la mesa.)* ¿Es el santo de alguien?

PILAR.— Es que viene Jacinto.

LORENZO.— ¿Quién es Jacinto?

PILAR.— Mi novio.

LORENZO.— ¡Ah, sí!... ¿Qué hace?

PILAR.— Trabaja.

LORENZO.— ¿Dónde?

PILAR.— En una oficina.

LORENZO.— *(Con voz ronca.)* ¿Gana mucho tu novio?

PILAR.— ¡Psch!...

LORENZO.— Tú debes aspirar a más.

PILAR.— ¿Para qué?

LORENZO.— Un hombre con dinero, que te pueda dar todo lo que quieras.

PILAR.— *(Con fingida indiferencia.)* ¡Qué tontería! Lo importante es que nos queremos.

LORENZO.— Ya... *(Un silencio. LORENZO se queda cortado. PILAR trajina alrededor de la mesa. Su tío la mira fijamente. Luego se levanta y va a colocarse junto a ella. Poniéndole una mano sobre el hombro.)* Pilar...

PILAR.— *(Encarándose a él, sobresaltada.)* ¿Qué?

LORENZO.— ¿No te agobia este barrio?

PILAR.— ¡Y a quién no!

LORENZO.— Hay muchas cosas en la vida, cosas agradables que hacen a la gente sentirse menos desgraciada...

PILAR.— ¿A ti también?

LORENZO.— *(Turbado.)* Sí..., sí, a mí también. *(Transición.)* Debes aprender a vivir.

(Hace un ademán de detener a PILAR entre los brazos, y ella se suelta bruscamente; se dirige hacia la mesa, donde disimula su turbación procurando arreglar algún detalle de la misma.)

PILAR.— Jacinto no ha de tardar...

(LORENZO mira el reloj. Hay un breve silencio.)

LORENZO.— Bien..., entonces yo... tengo que marcharme... *(No hace ademán de moverse.)* ¿Estás contenta?

PILAR.— *(Rotundamente.)* Sí.

LORENZO.— *(Para consigo.)* ¡Qué estupidez!

PILAR.— ¿Eh?

LORENZO.— No, nada, nada. *(Transición. Impaciente.)* ¿Cuándo empiezas otra vez en la oficina?

PILAR.— *(Seca.)* La semana que viene.

LORENZO.— Iré a verte.

PILAR.— No te molestes. Puedes venir por casa.

LORENZO.— Hay que apartarse tanto del centro...

PILAR.— Ya.

(Pausa.)

LORENZO.— ¿Quién me iba a decir que aquella mocosa se iba a poner tan bonita! Estás hecha una mujer... y muy guapa.

PILAR.— ¡Me has visto crecer!

LORENZO.— Apenas. ¡Tenemos tan pocas ocasiones de vernos!

(Un silencio.)

PILAR.— ¿Cómo está la tía?

LORENZO.— Bien. Tu tía no se parece en nada a ti.

PILAR.— Tengo ganas de verla. A mí me quería mucho.

LORENZO.— ¡No quiere a nadie!

PILAR.— *(Despectiva.)* Tienes unas ideas muy pobres de los demás...

LORENZO.— ¿De ti también?

PILAR.— De mí creo que las tienes muy poco claras, tío.

LORENZO.— No me llames tío. Me molesta. Tú y yo podíamos ser muy buenos amigos. Unos magníficos amigos.

PILAR.— ¿Qué quieres decir?

(PILAR ha dicho esto en tono desafiante. LORENZO se acerca lentamente a ella sin apartar los ojos de su cara. Cuando llega al lado de PILAR la toma por los hombros, la mira un momento y, después, bruscamente, intenta besarla. Ella retrocede espantada. LORENZO trata de hacerle comprender con un ademán estúpido que aquello no tiene importancia. PILAR se ha ido al otro lado de la mesa. LORENZO trata de acercarse, y ella retrocede de nuevo.)

LORENZO.— Escucha, Pilar...

PILAR.— *(Lentamente, con rabia.)* Sobrina. Soy tu sobrina.

LORENZO.— Eres una mujer.

PILAR.— ¡Soy la hija de tu hermano!

LORENZO.— ¿Y qué? ¡En estas cosas no manda la sangre!

(Da unos pasos hacia ella. PILAR coge un plato.)

PILAR.— *(Sin moverse, enérgica, haciéndole frente.)* ¡Si te acercas te lo rompo en la cabeza, asqueroso!

LORENZO.— Pilar...

PILAR.— ¡Vete ahora mismo! ¡Se lo diré a mi padre en cuanto venga!

LORENZO.— Allá tú. Es un exaltado.

PILAR.— ¡Tienes mucho que aprender de su locura! Él tiene corazón, y tú, tú... ¡Vete de aquí ahora mismo!

(VICTORIA aparece en la puerta a tiempo de oír estas palabras. Trae unos paquetes en la mano, que deja sobre la mesa. Al avanzar se hace un silencio total. PILAR sigue con el plato en la mano.)

VICTORIA.— ¿Qué pasa?

LORENZO.— *(Como si no hubiera pasado nada.)* Hola, cuñada... Tu hija, que se ha enfadado conmigo.

PILAR.— ¡Mamá!

(Corre hacia ella.)

VICTORIA.— Pero quieres explicarme...

(Mira fijamente a LORENZO.)

LORENZO.— No le hagas caso... Tonterías... Yo iba a darle un beso..., igual que siempre...

PILAR.— Como siempre no, mamá... Me ha abrazado... Me ha dicho que le gusto. Es un asqueroso...

LORENZO.— *(Cogiendo el sombrero de la percha.)* ¡Bah! Tonterías de niña.

PILAR.— Eres un hipócrita..., tiene razón papá.

VICTORIA.— Ahora me explico que vayas tanto a buscarla a la oficina... ¿Es que no hay miles de mujeres y tienes que venir a buscar a la hija de tu hermano?

LORENZO.— Estáis haciendo un melodrama de una tontería. Me voy.

VICTORIA.— *(Sujetándole.)* ¡Tú qué te vas a ir! Te quedas aquí hasta que venga tu hermano...

LORENZO.— Estás obcecada, Victoria. No es más que una interpretación equivocada de esa mocosa...

VICTORIA.— *(Zarandeándole.)* No la insultes. Es mi hija, ¿sabes? Mía... Vale más que todo tu sucio dinero.

LORENZO.— Por Dios, cuñada, ¿me quieres soltar?

VICTORIA.— No; te esperas hasta que venga tu hermano...

PILAR.— Mamá, déjale que se vaya... ¿Qué necesidad tiene papá de enterarse?...

VICTORIA.— *(Después de dudar un momento, le suelta.)* Sí, vete y no vuelvas a pisar esta casa.

LORENZO.— *(Con la mano en la cerradura.)* Adiós... *(Tratando de disculparse.)* Son tonterías de la chica, te lo aseguro... *(Brevisima pausa. Se en-*

coge de hombros y abre de un fuerte tirón. En el umbral de la puerta aparece MARIANO. Los dos hermanos se miran con sorpresa.) Hola, Mariano...

MARIANO.— *(Con desgraciada ironía.)* El gran señor visita los barrios bajos. ¿También tienes negocios por aquí?

LORENZO.— Siempre con tus cosas. *(Señalando a las mujeres.)* Vine a veros. Ya me iba...

MARIANO.— *(Señalando hacia la calle.)* ¿Ese coche es tuyo?

LORENZO.— Sí.

MARIANO.— Buen coche... Caro, ¿eh?

LORENZO.— Regular...

VICTORIA.— Deja a Lorenzo que se vaya. Tiene prisa... Va a venir Jacinto...

MARIANO.— Ah, sí. El novio de la chica... Se quieren casar... ¿Tú no esperas chicos?

LORENZO.— No, no...

MARIANO.— No sabes los jaleos que te ahorras. Dan mucho la lata... Hay que trabajar mucho... Y eso que tú ya tienes bastante, no necesitarías hacer horas extras...

(Ríe.)

LORENZO.— ¡Cualquiera sabe!

MARIANO.— *(Con aires de pavo real.)* Nosotros ahora no podemos quejarnos, escapamos muy bien... Mejoramos por momentos. Con un poco de suerte, cuando te compres otro coche me quedaré yo con ése. Me van a dar la tesorería. *(A su mujer y a su hija.)* ¿Eh, qué os parece, un coche?

VICTORIA.— Bien.

PILAR.— *(Acongojada.)* Muy bien, papá.

(Coge los paquetes de encima de la mesa y sale.)

VICTORIA.— No entretengas a tu hermano.

MARIANO.— Mujer, no seas impaciente. Hace un siglo que no lo veo. *(A su hermano.)* Están nerviosas. Como viene Jacinto... Ellas creen que estos preparativos de la boda son una cosa muy importante. Las mujeres, ya se sabe..., sus cosas y nada más. Vete a contarles a ellas los problemas...

Anda, Victoria, dale una copa de jerez... Ahora bebemos jerez..., es muy sabroso... Hace tanto tiempo que no vienes por aquí... Vamos, Victoria, dale una copa...

VICTORIA.— (*Mirando fijamente a LORENZO.*) Tiene que irse.

MARIANO.— ¿Alguno de tus negocios?

LORENZO.— Cuestión de salarios.

MARIANO.— Entonces no te entretengo... Suerte... Tú eres el hombre de la suerte.

LORENZO.— Tampoco tú te puedes quejar. (*Habla con ironía.*) Tu casa, tu familia, tu vino de Jerez... Y dentro de nada ese cargo de..., de...

MARIANO.— Tesorero.

LORENZO.— Eso, tesorero. Vamos, ¡como para quejarte!

MARIANO.— No, si no me quejo...

LORENZO.— Hasta la vista. Adiós, Victoria.

MARIANO.— Adiós, hombre. (*Se dan la mano y sale LORENZO. Un silencio.*)

Menudo fariseo es éste. (*Confidencial.*) Habrá venido a enterarse de cómo vivimos. Pensará que estamos en la miseria. Ya habrá visto: mantel limpio, preparativos de fiesta... ¡Que se fastidie!

VICTORIA.— No te preocupes de él. No lo merece.

MARIANO.— ¡Hombre! ¿Ya os vais dando cuenta de que es despreciable?

VICTORIA.— (*Tratando de quitarle importancia.*) No es eso.

MARIANO.— Sí que lo es, pero no queréis dar vuestro brazo a torcer. ¿Habéis traído el jerez?

VICTORIA.— Sí.

MARIANO.— Menos mal. Cuando se lo he ofrecido a Lorenzo pensé que a lo mejor aceptaba; y ¿y si se te había olvidado...? Dame una copa.

VICTORIA.— ¡Pilar, tráete el jerez! Pero nada más que una copa. A ver si no vas a dejar...

MARIANO.— Ya sé lo que tengo que hacer. Además, aunque me lo beba no tiene nada de particular. ¿Quién lo ha pagado?

VICTORIA.— Tu hija.

MARIANO.— (*Turbado.*) Bueno, es igual. (*Aparece PILAR con la botella des-corchada. Cogiendo una copa.*) Pónmelo aquí, hija. (*PILAR le sirve y él bebe. Hace chasquear la lengua.*) ¡Esto es gloria! Diferencia va de este vino al peleón. ¿Cuánto ha costado?

VICTORIA.— Veintiséis pesetas.

MARIANO.— *(Deja escapar un silbido.)* Procurar que no se gaste todo.

(MARIANO va a servirse y su mujer le quita la botella.)

VICTORIA.— *(Dando la botella a su hija.)* Toma, ven a ayudarme a partir el queso.

MARIANO.— Deja aquí la botella.

VICTORIA.— Está más segura en la cocina.

(Sale.)

PILAR.— ¿Quieres otra copa, papá?

MARIANO.— Pero tu madre... *(Ella hace un gesto de que no importa, y le sirve. Mira fijamente a su hija, con arrobamiento.)* Cuando te cases, tu madre me va a hacer la vida imposible.

(Comienza a oírse la sonata.)

PILAR.— Te vienes a mi casa.

(Sale. Por el foro cruza ENCARNA del brazo del CHULO. Van muy amartelados. A la puerta de la taberna se asoma JOSÉ LUIS, que les sigue con la mirada. Da dos o tres pasos tras ellos. Luego lo piensa mejor y vuelve a meterse en la taberna. MARIANO paladea el vino. Entra VICTORIA con unos platos de almendras. Va a hacer mutis y repara en algo que hay en el suelo. Es una colilla que acaba de tirar MARIANO.)

VICTORIA.— ¡Recoge esa colilla! Ponéis la casa como una cuadra.

MARIANO.— *(Agachándose a cogerla.)* ¡Ni que fuera a venir el ministro!

(VICTORIA sale. MARIANO, con la colilla en la mano, busca donde tirarla y, por fin, abre la ventana y la tira a la calle. Suena el timbre. Cesa la música.)

PILAR.— (*Dentro.*) ¡Ya salgo yo, papá! (*Sale arreglándose el pelo. Antes de abrir.*) Procura no hacer comentarios de los tuyos... Es muy buen chico, ya verás. (*Abre. Aparece JACINTO. Viene empingorotado. Clásico traje azul marino cruzado, corbata chillona, camisa color crema con rayitas, zapatos marrones. Tímidamente se queda parado en la puerta.*) Pasa, hombre.

JACINTO.— (*Sin moverse.*) Buenas tardes.

(*PILAR le empuja y cierra la puerta.*)

PILAR.— Es mi padre.

MARIANO.— Hola, muchacho.

(*Le tiende la mano, que el otro estrecha.*)

JACINTO.— Mucho gusto.

PILAR.— (*Asomándose a la puerta.*) ¡Mamá, ha venido Jacinto! (*A JACINTO.*) Siéntate.

MARIANO.— Siéntese. Mi mujer sale enseguida. Está preparando algo de merienda.

JACINTO.— ¿Para qué se ha molestado? Yo no meriendo nunca.

PILAR.— No le hagas caso, papá; come mucho.

MARIANO.— Eso es bueno. El apetito es señal de salud.

JACINTO.— Sí, señor.

(*Un silencio.*)

PILAR.— (*A su novio.*) Hijo, estás más parado...

JACINTO.— ¿Cómo quieres que esté, Pili?

MARIANO.— No le hagas caso. Ellas se tienen que meter en todo lo nuestro.

Tienen que mangonearlo todo. Ya te irás dando cuenta. Bueno, te llamo de tú porque soy mayor y además..., además...

JACINTO.— Me parece muy bien.

(*En silencio, entra VICTORIA con una bandeja en la que trae unos platitos con queso partido y una botella. La botella de jerez.*)

PILAR.— Mamá, es Jacinto.

VICTORIA.— (*Dejando las cosas en la mesa.*) Mucho gusto. (*Le da la mano.*) Hala, siéntate, a merendar. (*A su hija.*) Tú ahí... (*Por la merienda.*) Es poca cosa... No sabía qué poner... Pili no me ha dado idea de lo que te gusta...

JACINTO.— Me gusta todo.

(*Se sientan.*)

MARIANO.— Vaya, vaya. Me ha dicho Pilar que trabajas en una oficina. ¿Ayudante de caja?

JACINTO.— No, señor; auxiliar.

MARIANO.— Aún eres muy joven.

JACINTO.— Sí, señor.

VICTORIA.— ¿Quieres dejarle comer, Mariano?

MARIANO.— Puede comer perfectamente. Esta mujer es tremenda; se cree que comes con los oídos. (*Ríe. JACINTO le secunda sin pizca de gana.*) Un poco de jerez, muchacho. Es muy bueno... Un poco caro, pero estas cosas, ya se sabe..., se paga el lujo.

PILAR.— (*Reconviniéndole.*) Papá...

MARIANO.— ¿He dicho algo malo? (*A JACINTO.*) Verás cuando tengas hijos lo que es bueno. Ellos siempre tienen que saber más que sus padres. Para ellos siempre eres un ignorante, un tonto.

JACINTO.— Mi padre también lo dice.

VICTORIA.— ¿Un poco de queso?

JACINTO.— (*Tomándolo.*) Gracias.

MARIANO.— ¿Haces horas extras?

JACINTO.— Sí, señor.

PILAR.— ¿Le estás haciendo la filiación?

MARIANO.— No, señora; es que debo enterarme, tengo que enterarme, ¿verdad?

JACINTO.— Desde luego.

MARIANO.— ¿Ingresaste hace mucho?

JACINTO.— Cuatro años.

MARIANO.— Y, ¿qué tal te consideran?

JACINTO.— Bueno, ya sabe usted lo que es una oficina...

VICTORIA.— ¿Un poquito de café?

JACINTO.— Bueno.

(VICTORIA hace un gesto a PILAR, y ésta se levanta y sale.)

MARIANO.— *(Poniendo cara de circunstancias.)* Me ha dicho Pilar que pensáis casaros.

JACINTO.— Sí, señor... con lo que gano, como vamos a vivir con mis padres, tenemos suficiente. Además ella trabaja; aunque ha empezado hace poco, tiene un sueldo decente y... Claro que yo pienso que deje de trabajar enseguida.

MARIANO.— Está bien. Sí, para empezar no está mal.

JACINTO.— De momento sólo pensamos poner el comedor y el dormitorio. La casa de mis padres no es muy grande.

(Entra PILAR con una bandeja en la que hay una cafetera y tazas.)

MARIANO.— Muy bien, muy bien.

PILAR.— Papá, el dormitorio lo pone la mujer.

MARIANO.— *(Sorprendido.)* Ya lo sé, niña, no soy ningún ignorante. Un dormitorio... Ya lo sé... yo ahora no estoy muy enterado de la cuestión de muebles. ¿Cuánto vendrá a costar un dormitorio?

JACINTO.— Por poco, unas cuatro mil pesetas. *(Cogiendo la taza que le da VICTORIA.)* Gracias.

MARIANO.— *(Rascándose una oreja.)* Ya... Cuatro mil pesetas. Es que hay que ver como está todo de caro. Si no tuviéramos más que el sueldo, no se podría vivir...

VICTORIA.— Aún así es difícil.

MARIANO.— *(A JACINTO.)* Para nosotros no es tan difícil, afortunadamente. Yo llevo unas buenas contabilidades. No hay que apurarse.

PILAR.— Papá, nos pensamos casar dentro de tres meses.

MARIANO.— Tres meses. ¿No es demasiado pronto? Ahora que, si es vuestro gusto, yo no me opongo. Además, me has caído bien. Tenía mis reservas. Los empleados son un poco atontados y creí que tú serías uno más.

Yo soy muy franco. Ya me irás conociendo. Al pan pan y al vino vino.
Es como hay que ser...

JACINTO.— Sí, señor.

VICTORIA.— ¿Te quieres callar?

MARIANO.— Si te portas bien con la chica serás uno más de la familia.

JACINTO.— Hombre, yo... No me sobra el dinero, pero creo que el dinero no es lo fundamental.

MARIANO.— Y que lo digas. Muchas veces el dinero es perjudicial, trae desgracias. Yo tengo un hermano muy rico. Es ingeniero. Pues bien..., si te dijera que no creo que sea feliz en el matrimonio... Claro que no puede serlo. Se tiene que pasar el día en la fábrica trabajando en sus cosas... Cosas importantes. Nosotros trabajamos también... Ahora que lo nuestro no tiene importancia. (*Pensativo.*) Creo que el trabajo de los ingenieros es una cosa muy importante... Mi hermano tiene hasta coche... Es un hipócrita..., tiene coche... Los hipócritas son mala gente...

JACINTO.— Ya lo creo. En mi oficina hay un jefe...

MARIANO.— (*Cortándole.*) Un jefe. Escucha, Victoria, un jefe. Sigue muchacho. ¿Es mala persona tu jefe?

JACINTO.— Bastante, sí. Y lo malo del caso es que mis compañeros no se dan cuenta. Yo se lo digo muchas veces: «¿Será posible que no os deis cuenta de que este hombre es un canalla?» y ellos no me hacen ni caso...

MARIANO.— No lo dudes. A esa gente no se la puede abrir los ojos. No se le puede abrir el pensamiento. Son borregos. Y unos bichos. Porque si yo te dijera que...

PILAR.— Ya está bien, ¿no?

MARIANO.— ¿Conoces a mi hijo?

JACINTO.— Le he visto un par de veces.

MARIANO.— (*A VICTORIA.*) Así tenía que ser José Luis, como Jacinto.

VICTORIA.— Mariano, ¿quieres dejar en paz a Jacinto? Cada cual es como Dios le ha hecho.

JACINTO.— A lo mejor su hijo tiene más suerte siendo así. ¡Quién sabe!

MARIANO.— ¡Qué va a tener! Mira, yo...

PILAR.— (*Cortando a su padre.*) Papá, Jacinto y yo vamos a salir a dar un paseo, como todas las tardes. (*Levantándose.*) No le entretengas.

MARIANO.— Bueno, mujer; anda, ve a arreglarte...

(PILAR sale.)

JACINTO.— Todas las tardes nos damos un paseo. (VICTORIA se levanta y empieza a recoger y llevarse cosas.) Nos gusta el aire libre.

(Suavemente se oye la sonata del músico.)

MARIANO.— De joven, también a mí me gustaba pasear.

JACINTO.— Respirar hondo, ¿verdad?

MARIANO.— Ahora los coches y los autobuses lo llenan todo de humo. No debía haber tantos adelantos. ¡Para lo que sirven!...

JACINTO.— A principios de siglo se debía vivir mejor. Debía haber más posibilidades de mejorar.

MARIANO.— Aunque se trabajaba menos, el dinero valía más. Ahora nos debían pagar el doble, y, si fuera preciso, reducir a la mitad las plantillas.

JACINTO.— No les entra en la cabeza. Sólo se ocupan de su dinero, de sus coches, de vivir.

MARIANO.— ¡Bah! Nosotros vivimos más. Con la felicidad no se saborea tan bien la vida... Porque la vida es triste, ¿sabes? En este barrio hay tipos estupendos. Un borracho que canta siempre, una mujerzuela...; bueno, hay varias, pero sobre todo una muy guapa de la que se enamoran todos los hombres... ¡Y se pegan por ella! Ahí enfrente vive un músico que siempre toca la misma sonata... no la acaba nunca... La gente regaña por el patio, en la calle..., se insultan, se odian, se quieren. Es muy interesante. Fuera de estos barrios parece que todo es mentira. Las personas enseñan sus dientes y dicen que sonrían. Los hombres se apuñalan entre palabras corteses; las mujeres engañan a sus maridos, pero ellos no se enteran más que de lo bien que huelen... Allí todo es mentira, una mentira terrible. No podría vivir esa vida. Muchas veces he pensado salir de aquí, marcharme al centro, pero lo he pensado mejor y no merece la pena. Aquí hay más miseria, menos educación, pero también más vida, más verdad.

JACINTO.— Dicen que la mujer de mi jefe le engaña con un contable.

MARIANO.— Claro; se pasan la vida escuchando y atendiendo chismes. No se ocupan de su casa. (Un silencio.) Mi hermano es ingeniero.

JACINTO.— ¿También le engaña a su mujer?

MARIANO.— No pondría las manos en el fuego por ella.

JACINTO.— Pilar es una gran mujer.

MARIANO.— Mujeres como ella, como tu madre, como mi mujer es lo que debían buscar todos. Menos perifollos y más verdad.

JACINTO.— (*Pensativo.*) A mí tampoco me gustaría vivir en el centro. Tengo cariño a estos barrios.

MARIANO.— Y todo cuesta más barato. Compras lo mismo, pero cuesta más barato. Los tenderos de aquí son como nosotros, ganan menos y se conforman...

(*Cesa la música.*)

PILAR.— (*Entra con un abrigo puesto.*) ¿Vamos?

JACINTO.— Bueno.

MARIANO.— Ya sabes donde nos tienes. Ven cuando quieras. No encontrarás todos los días merienda...

JACINTO.— Es lo de menos.

MARIANO.— Tú eres de los míos, ¿eh? Donde esté una copa de vino...

JACINTO.— Tampoco soy amigo del vino...

MARIANO.— Aún eres joven. A mí tampoco me gustaba. A esto se aficiona uno después.

PILAR.— ¡Mamá, que se va Jacinto!

VICTORIA.— (*Dentro.*) ¡Voy! (*Sale.*) Has tomado posesión de tu casa.

JACINTO.— Muchas gracias. Por la merienda y por todo. (*Se dan la mano.*)

MARIANO.— De nada, hombre.

VICTORIA.— Ya sabes donde nos tienes.

PILAR.— Hasta luego.

(*Salen. Un silencio.*)

MARIANO.— Buen muchacho. Si piensa un poco las cosas, llegará muy lejos.

VICTORIA.— (*Contrariada.*) Creí que era de otra forma.

MARIANO.— Yo también. Me he llevado una alegría. No esperaba que fuera así. La chica se merece un buen hombre.

VICTORIA.— Bueno sí que parece... Ahora, que a mí me hubiera gustado otro tipo para ella.

MARIANO.— Ya; y si a mí no me hubiera gustado, a ti..., ¡bah! No podemos estar nunca de acuerdo.

VICTORIA.— ¿Crees que podemos estarlo?

MARIANO.— (*Encogiéndose de hombros.*) ¿Qué hora es?

VICTORIA.— Cerca de las ocho.

MARIANO.— Me voy a la partida.

VICTORIA.— Te pasas allí las horas muertas.

MARIANO.— Hoy no tengo más remedio que ir...

VICTORIA.— Es tu excusa de siempre.

MARIANO.— Hoy no, tengo que hablar con Martínez...

VICTORIA.— ¿De qué? ¿Se puede saber?

MARIANO.— Ya te lo diré...

VICTORIA.— Tendrás que inventarlo antes. Haces bien. Para qué te vas a quedar en casa y pensar las cosas, ¿verdad?

MARIANO.— ¿Qué cosas?

VICTORIA.— ¿De dónde piensas sacar los cuartos para comprar el dormitorio de la chica?

MARIANO.— Ya veremos. De aquí a tres meses ya habrá tiempo de encontrarlos. Además, si me dan la tesorería no hay problema. Podremos comprar una alcoba de las mejores. Para entonces tendré un buen crédito. (*Buscando.*) ¿Dónde me has puesto la gabardina?

VICTORIA.— En su sitio.

MARIANO.— ¿Se puede saber cuál es su sitio?

VICTORIA.— La percha de la alcoba.

(*MARIANO sale. VICTORIA va a hacer mutis también, cuando suena el timbre. Abre. Es MARTÍNEZ.*)

MARTÍNEZ.— Qué hay... ¿Está ese hombre?

VICTORIA.— Sí.

MARIANO.— (*Saliendo con la gabardina al brazo. Está muy alegre.*) ¿Sabes algo de eso?

MARTÍNEZ.— Pues verás...

MARIANO.— Pasa, hombre, toma una copa. Hay jerez.

MARTÍNEZ.— Es que iba a la partida.

MARIANO.— Ahora iremos. Antes cuéntame... ¿Qué, qué han decidido? (*Reparando en su mujer.*) ¿Quieres dejarnos en paz? Tenemos que hablar de nuestras cosas. Luego quieres que esté en casa... ¿Para qué, para fiscalizar todo lo que hago?

VICTORIA.— ¿Es un secreto?

MARIANO.— Mujer, es una sorpresa.

MARTÍNEZ.— Lo que tengo que decirte puede oírlo.

MARIANO.— Quiero darle yo la sorpresa.

MARTÍNEZ.— A saber qué sorpresa será. ¡Vaya pareja!

(*Sale.*)

MARIANO.— ¿Quieres empezar de una vez?...

MARTÍNEZ.— Te advierto que enseguida acabo. He estado charlando con la secretaria del director.

MARIANO.— Y qué...

MARTÍNEZ.— Por lo visto no se habla de ti para la tesorería. Parece ser que desde que se produjo la vacante andan hablando mucho de uno de provincias, un chico joven... está muy recomendado por un pez gordo.

MARIANO.— (*Entre dientes.*) ¡Ah! Un pez gordo...

MARTÍNEZ.— Dicen que es un chico muy inteligente...

(*Un silencio.*)

MARIANO.— (*Decepcionado.*) ¿Y es seguro su nombramiento?

MARTÍNEZ.— Hombre...

MARIANO.— (*Incrédulo.*) ¿No me estarás tomando el pelo? Esas bromas no están bien. (*Pensativo.*) Es imposible que no hayan pensado en mí...

MARTÍNEZ.— ¿Cómo te voy a engañar? Somos amigos. La chica lo sabe de buena tinta.

MARIANO.— No puede ser; es imposible que no se hayan acordado de mí. Ellos saben que estoy en condiciones de ocupar ese puesto.

MARTÍNEZ.— Ya sabes lo que pasa... Yo en tu lugar no me preocupaba. Al fin y al cabo es politiquilla de despacho que...

MARIANO.— Una política inadmisibile. Se va a casar mi hija. Yo necesito ese cargo, lo merezco. Ya tengo cincuenta años, Martínez. Debo ir a la boda de mi hija con una cierta categoría... Tengo adquiridos unos derechos...

MARTÍNEZ.— Chico, ¡qué le vamos a hacer! Lo que siento es haberte dado yo la noticia. No pensaba venir, pero como te lo había prometido.

MARIANO.— No, si has hecho muy bien. Tarde o temprano tenía que enterarme. (*Un silencio.*) ¿Qué se puede esperar de donde no hay? (*Con firmeza.*) ¡Mañana me van a oír en la oficina!

MARTÍNEZ.— No conseguirás nada.

MARIANO.— Es igual. Lo importante es que me oigan, y me oirán, ¡vaya si me oirán! Voy a decirles algo...

MARTÍNEZ.— No conseguirás nada, Mariano.

MARIANO.— (*Furioso.*) ¡Y a mí qué!

MARTÍNEZ.— Te expones a que te trasladen a cualquier provincia de mala muerte.

MARIANO.— ¿Crees que se atreverían?

MARTÍNEZ.— Es el sistema. Cállate. Es un consejo de amigo.

MARIANO.— No podré. Es superior a mis fuerzas.

MARTÍNEZ.— Procúralo. Por lo visto se habla de ti en la oficina como si fueras un revoltoso, un agitador.

MARIANO.— ¿De mí? (*Ríe con histerismo.*) Si no digo más que la verdad.

MARTÍNEZ.— Es que la dices de una forma...

MARIANO.— La única forma posible.

MARTÍNEZ.— Hazme caso, es mejor callarse.

MARIANO.— No sé callarme.

MARTÍNEZ.— Para lo que te va a servir...

MARIANO.— Pues que no me sirva.

MARTÍNEZ.— ¿Te vienes a la partida?

MARIANO.— Hoy no..., no tengo ganas... (*Como ido.*) Tengo que comprar una alcoba a mi hija...

MARTÍNEZ.— Ya...

MARIANO.— Se casa mi hija... Un buen muchacho... Dile a los amigos que no voy a la partida. Lo otro no se lo cuentes. ¡Para qué! Ni a mi mujer tampoco. Son buena gente. Les disgustaría... (*Un silencio.*) Bueno, vete, no quiero entretenerte. Y ya sabes... No te dejes ahorcar el seis doble... Eres buen jugador, pero el seis doble es tu ruina... Adiós.

(*MARTÍNEZ sale. MARIANO se vuelve desilusionado a la mesa y se deja caer sobre una silla. Se ve a MARTÍNEZ*

cruzar hacia la taberna. Se oye sonar el piano. La música es ahora obsesiva, molesta. MARIANO con la cabeza entre las manos, parece querer evadirse de cualquier manera. De la taberna sale el BORRACHO; detrás JOSÉ LUIS, que lo llama.)

JOSÉ LUIS.— ¡Eh! ¡Espera! ¿Dónde vas?

BORRACHO.— Por ahí...

JOSÉ LUIS.— Eres un gran tipo...

(Le da un golpe en la espalda a la vez que sonríe.)

BORRACHO.— Soy un hombre.

JOSÉ LUIS.— Pero cantas siempre...

BORRACHO.— Porque estoy borracho.

JOSÉ LUIS.— ¿Te gusta beber?

BORRACHO.— Tengo que beber.

JOSÉ LUIS.— ¿Para qué?

BORRACHO.— Para cantar.

(Se encoge de hombros.)

JOSÉ LUIS.— Y esa canción...

BORRACHO.— ¡Bah! La eterna canción.

JOSÉ LUIS.— Me gusta.

BORRACHO.— Aunque no te guste, la oirás.

JOSÉ LUIS.— Es una canción oscura.

BORRACHO.— Como tú y como yo.

JOSÉ LUIS.— ¡Qué filosofía!

BORRACHO.— *(Como un lamento.)* ¡Qué vida! *(Brevisimo silencio.)* Adiós, muchacho. Cuando tengas ocasión, echa un trago y luego canta. Dicen que cantando se van las penas. Son tonterías de la gente. Las penas no se van nunca.

(Se va cantando por la izquierda. Se oye su canción al alejarse. Suena el timbre de la casa. MARIANO no se mueve. VICTORIA viene a abrir.)

VICTORIA.— (*Sorprendida al ver a MARIANO.*) ¿No ibas a la partida?

MARIANO.— No, no iba. ¿No me estás viendo aquí?

(VICTORIA abre.)

JOSÉ LUIS.— Hola. (*Fijándose en su padre, se acerca a él y le pone una mano en la espalda.*) Ya me ha dicho Martínez... No te preocupes...

MARIANO.— (*Pegando un salto.*) ¿Qué te ha dicho ese idiota? ¿Qué no tengo ganas de jugar la partida? No tiene nada de particular, no es malo. En mí mando yo... ¿Por qué tenéis que meteros en mis cosas?... No he ido porque tenía que pensar; eso es todo, tenía que pensar...

(JOSÉ LUIS se encoge de hombros y hace mutis hacia el interior de la casa.)

VICTORIA.— (*Acercándose a MARIANO.*) ¿Qué te pasa, Mariano?

MARIANO.— Nada, que no tengo ganas de partida. ¿Es que no puedo hacer lo que quiera?

VICTORIA.— Lo haces siempre.

MARIANO.— Mentira. No lo hago nunca... Tú lo sabes muy bien.

VICTORIA.— Me... me tenías que dar una sorpresa, ¿no?

MARIANO.— Ya no.

VICTORIA.— ¿Qué era?

MARIANO.— ¡Nada!

VICTORIA.— ¿Qué jaleos te traes con Martínez?

MARIANO.— ¡A ti que te importa!

VICTORIA.— A mí no tiene que importarme más que fregar y barrer y coser hasta que me escuezan los dedos. ¿Para qué me van a contar las cosas, si soy la criada de la casa?...

MARIANO.— Cada cual es un poco criado de lo suyo, Victoria.

VICTORIA.— Pues yo estoy harta de serlo, ¿te enteras?

MARIANO.— (*Adoptando una actitud más cordial.*) Anda, siéntate. Te advierto que no es nada de importancia. Es que le pedí a Martínez que hablara con la secretaria del director. Son buenos amigos. Para que se enterase de cómo iba lo mío en la oficina, ¿sabes? (*Ella asiente.*) Le ha dicho

que de momento no piensan cubrir esa vacante. Pero que si algún día se decide, esté seguro de que me la dan a mí.

VICTORIA.— ¿Y eso te desanima? Si es estupendo. Todo lo más tarde dentro de un par de meses te lo habrán dado por fin.

MARIANO.— Bueno, sí, esa es la idea... De momento estoy en puertas... Pero si dejan pasar algún tiempo habrá algún goloso bien recomendado y no tendré nada que hacer.

VICTORIA.— Ya es diferente..., porque podrías protestar.

MARIANO.— ¿Cuándo se la hubieran dado a otro?

VICTORIA.— Claro.

MARIANO.— Y ¿para qué? Ya no se la iban a quitar.

VICTORIA.— Es verdad...

MARIANO.— De todas maneras debo estar satisfecho. (*Un silencio.*) La chica piensa casarse para dentro de tres meses.

VICTORIA.— Sí.

MARIANO.— Si me saliera algún trabajo... Otra contabilidad... La alcoba vale cuatro mil pesetas...

VICTORIA.— En tres meses no podrás reunirlos.

(*Vuelve la música.*)

MARIANO.— (*Pensativo.*) Tiene que haber alguna manera.

VICTORIA.— Ya lo he pensado y no la encuentro.

(*Un silencio.*)

MARIANO.— No sé. En la oficina puedo pedir algún anticipo. Hasta dos mensualidades, a pagar en catorce meses.

VICTORIA.— No te llega.

MARIANO.— Sí, no llega...

VICTORIA.— Además tienes que comprar cacerolas, sartenes, pucheros...

MARIANO.— (*Automáticamente.*) Cacerolas..., sartenes... ¡Costarán mucho!

VICTORIA.— Bastante. Ya la tengo comprados algunos cacharros. Me los dieron a cambio de unos papeles y aquellos zapatos tuyos viejos..., los que te compraste para la boda de tu hermano. Claro que sólo con eso no hay para empezar. Si hubieras mirado un poco, a estas horas tendríamos algo...

MARIANO.— ¡Y qué quieres que haga! Es la vida, que está cada vez más dura, yo no tengo la culpa.

VICTORIA.— Tú verás cómo lo arreglas. Es una obligación...

MARIANO.— José Luis podría ayudar algo.

VICTORIA.— Ya ayuda todos los meses. Y la chica está comprando la ropa de su paga. No tienes derecho a exigirles nada. Es tuya, sólo tuya la obligación de buscar el dinero.

(MARIANO se levanta y empieza a pasear por el cuarto. Por fin se detiene detrás de su mujer.)

MARIANO.— *(Furioso.)* No te preocupes, tendremos ese dinero.

VICTORIA.— *(Volviéndose hacia él.)* ¿No harás algún disparate?

MARIANO.— No, mujer, no... *(Llevándose una mano al cuello.)* ¡Qué calor hace! ¿No notas que hace mucho calor?

VICTORIA.— ¿Qué vas hacer, Mariano, qué vas a hacer? *(MARIANO va a la ventana y la abre.)* ¿De dónde piensas sacar ese dinero?

MARIANO.— No te preocupes..., no pienso robarlo. ¿Cómo se llamará esa canción? ¡Me gusta!

VICTORIA.— ¡Contéstame, Mariano!

MARIANO.— *(Derrumbándose en la silla.)* Iré a ver a mi hermano.

(Cesa la música.)

VICTORIA.— ¡No se te ocurrirá pedírselo a él!

MARIANO.— No, no lo pediré. Pedir es de mendigos. Le pediré trabajo.

VICTORIA.— ¡No puedes hacerlo, es una humillación!

MARIANO.— ¡Si mi hermano me consiguiera un empleo!...

VICTORIA.— No puedes pedir nada a tu hermano.

MARIANO.— ¿Por qué?

VICTORIA.— Por..., por..., ¡porque no!

MARIANO.— Esa no es una razón.

VICTORIA.— Ya lo creo que lo es.

MARIANO.— Se trata de que se case mi hija.

VICTORIA.— No puedes rebajarte. Estás por encima de él.

MARIANO.— Pero, ¡bueno! ¿No os pasáis la vida diciéndome que si tengo envidia de él, que si le juzgo mal?... Ahora, ahora es la ocasión de demostrar si es buena o mala persona.

VICTORIA.— No vayas, Mariano. Tú eres más que él.

MARIANO.— ¡Yo que voy a ser más que él! Él tiene dinero.

VICTORIA.— Debes tener dignidad.

MARIANO.— Con dignidad no se consiguen cuatro mil pesetas. Con dignidad no puedo taparos la boca. Estoy harto de oíros. ¡Quiero vivir en paz! Sin oír a nadie. (*Encarándose con ella.*) Aquí me tienes, el orgulloso Mariano. Orgulloso hasta el extremo de no arrastrarme nunca para exigir lo que es mío. ¿Me ves? (*Respira fatigoso. Un silencio.*) Pues bien, este Mariano va a ir a casa de su hermano para decirle: «Lorenzo, necesito trabajar. Sólo tengo libres las tardes, de ocho a diez, pero trabajo poco por lo visto. Mi hija se va a casar y necesito dinero para los gastos de la boda. Búscame un empleo, lo que sea.»

VICTORIA.— (*Cortándole.*) ¡Mariano!

MARIANO.— (*Agotado.*) ¿Qué?

VICTORIA.— ¿No comprendes que yendo no conseguirás nada? No tendrás el empleo, ni nada. Pasarás mal rato. Tu hermano es un egoísta, no hará nada por ti.

MARIANO.— No, no, no. Iré. Y si no me lo da no podréis hacerme callar cuando hable de él.

VICTORIA.— Ahora no se trata de él; se trata de ti.

MARIANO.— Se trata de que mi hija tiene derecho a casarse con algo más que unos pingos.

(*Un silencio.*)

VICTORIA.— Tienes razón...

(*Se agacha y echa una firma al brasero. La ventana sigue abierta.*)

MARIANO.— ¿Tienes frío?

VICTORIA.— No; son los pies, nada más que los pies.

(MARIANO cierra la ventana.)

MARIANO.— (Mirándola.) ¡Cualquiera os entiende a las mujeres!

(Por la derecha ha salido JOSÉ LUIS, que se dirige a la puerta.)

MARIANO.— ¿Vas a ver a esa?

JOSÉ LUIS.— ¡Ocupate de tus cosas!

MARIANO.— No me vuelvas a contestar así.

VICTORIA.— Esa mujer te tiene loco.

JOSÉ LUIS.— ¡A mí qué me importa!

MARIANO.— Déjale. Por lo visto quiere ser un...

JOSÉ LUIS.— ¡Lo que me dé la gana! ¿Dejas tú que nadie se meta en lo tuyo?

VICTORIA.— José Luis...

JOSÉ LUIS.— No le hagas caso, mamá. Es un charlatán. Me ha dicho Martínez que en la oficina no han pensado en él ni una sola vez para darle un cargo. Todos dicen que no sirve más que para chillar.

MARIANO.— Martínez es un miserable, y tú..., tú..., tú..., ¡tú no tienes nombre!

VICTORIA.— Anda, vete, vete con esa o con quien sea, pero cállate, déjanos en paz.

(JOSÉ LUIS se marcha. Por la izquierda han aparecido PILAR y JACINTO. MARIANO y VICTORIA se miran en silencio. JOSÉ LUIS se cruza con su hermana y con JACINTO. Él no ha reparado en ellos, que le miran. JACINTO coge las manos de PILAR y quedan hablando aparte, en la esquina.)

MARIANO.— ¿Por qué demonios se habrá inventado Martínez esa patraña?

VICTORIA.— Será envidia...

MARIANO.— Sí, será eso. Pero tú no lo crees..., ¿verdad que no lo crees, Victoria?

(En ese momento PILAR y JACINTO se separan.)

VICTORIA.— ¡Qué voy a creerlo, hombre, qué voy a creerlo! *(Un silencio.)*
¿Estás decidido a ir a ver a tu hermano?

MARIANO.— Pasado mañana por la tarde.

(VICTORIA suspira. Suena el timbre de la casa.)

VICTORIA.— Será Pilar.

(Hace ademán de ir a abrir la puerta.)

MARIANO.— *(Sujetándola.)* No le digas nada de esto que hemos hablado. A ella sólo le interesa casarse... *(Como un lamento.)* Salir de esta casa.

(VICTORIA va hacia la puerta y cuando pone la mano en la cerradura cae muy deprisa el telón.)

EPÍLOGO

Son las nueve y media de la noche.

(Al alzarse el telón están en escena JACINTO, JOSÉ LUIS, VICTORIA y PILAR. Ésta cose un mantel y su madre le ayuda. JACINTO mira todo con cara de aburrimiento. Sobre una silla, JOSÉ LUIS tiene abierta una maleta pequeña, donde está doblando un mono azul de trabajo.)

VICTORIA.— Estos bodoques puedes acabarlos sola.

PILAR.— Sí.

(Un silencio. VICTORIA se levanta. Recoge unas servilletas recién terminadas que habrá sobre la máquina de coser.)

VICTORIA.— *(A JOSÉ LUIS.)* ¿Quieres que te prepare algo de cena?

JOSÉ LUIS.— Me tengo que ir...

JACINTO.— *(Volviéndose a JOSÉ LUIS.)* Y... ¿Te mejoran mucho con ese nuevo empleo?

JOSÉ LUIS.— ¡Pscha! Al principio no, pero luego tengo muchas posibilidades. Es gente muy considerada.

VICTORIA.— Todo eso está muy bien, ahora que yo digo una cosa. Por mucho servicio que haya en ese taller, podías venirte a casa cuando librases, porque no creo que vayas a estar siempre trabajando. Así no tendrías

que llevarte más que lo imprescindible. Porque, ¡vamos!, no creo que vayas a estar toda la vida trabajando.

JOSÉ LUIS.— No entiendes el nuevo sistema de trabajo... Tengo que estar allí todo lo que requiera el servicio. Me dan una habitación cerca del taller, me dan la comida y el sueldo limpio. ¿Para qué voy a andar yendo y viniendo? Sería absurdo y..., y... Ya vendré por aquí de vez en cuando. (A JACINTO.) Figúrate, está en la otra punta de la ciudad.

JACINTO.— No, en esas condiciones, claro. (A VICTORIA.) ¡Cuántos quisieran un empleo así! No se puede quejar.

VICTORIA.— ¿Vas a esperar a tu padre para despedirte de él?

JOSÉ LUIS.— Ya me he despedido al mediodía.

VICTORIA.— Le alegrará ver que le esperas. Ya no puede tardar mucho. Total por diez minutos...

JOSÉ LUIS.— Me va a soltar una monserga, igual que la que me ha soltado en la comida... (Para sí.) Como si no supiera yo lo que tengo que hacer. ¡Y mejor que él! Mucho hablar de exigir los derechos, y sus cosas...

VICTORIA.— ¿Y qué va a hacer?...

JOSÉ LUIS.— Lo que sea. ¿No dice que le explotan en la oficina? ¡Pues que la deje!

VICTORIA.— No puede, tiene una familia que mantener...

JOSÉ LUIS.— Mantener... ¡Lo que hay que oír!

PILAR.— ¡Si no quieres oírlo te marchas!

JOSÉ LUIS.— Es lo que voy a hacer...

(Un silencio.)

VICTORIA.— Cuando tengas ropa sucia, la traes... ¿O si quieres que te la repasemos...?

JOSÉ LUIS.— No hará falta; lo hará la mujer del patrono.

JACINTO.— ¡Chico, eso es un momio! De buena gana te cambiaría el empleo.

JOSÉ LUIS.— No te acostumarías. Tú eres de otra forma.

JACINTO.— No creas; si se encuentra una cosa así..., jefes buenos...

JOSÉ LUIS.— (Irónico.) ¿También eres tú de esos?

JACINTO.— ¿Qué quieres decir?

PILAR.— ¡No le hagas caso!

(Un silencio.)

JACINTO.— (*Poniéndose en pie.*) Bueno, ya me marchó.

PILAR.— ¿Irás a buscarme a las siete?

JACINTO.— Sí.

VICTORIA.— Hasta mañana.

JACINTO.— Que tengas suerte.

JOSÉ LUIS.— Igualmente.

JACINTO.— Si te vienes... Yo voy hacia la glorieta.

JOSÉ LUIS.— No, me quedo un rato.

JACINTO.— Bueno, adiós.

(*Sale.*)

PILAR.— ¡Eres un grosero! ¿Qué te ha hecho Jacinto para que le trates así?
¡Ni que tú fueras un gran señor!

JOSÉ LUIS.— Es de esos tipos molestos...

PILAR.— Tú sí que eres molesto.

VICTORIA.— Anda, Pilar, recoge eso.

(*PILAR empieza a recoger. VICTORIA hace mutis con las servilletas.*)

PILAR.— Eres un déspota con nosotros.

JOSÉ LUIS.— ¡Déjame en paz!

PILAR.— Sé perfectamente que no tienes ese trabajo. ¿Dónde vas a vivir?

JOSÉ LUIS.— ¡Tú sabes mucho!

PILAR.— ¿Se va contigo la Encarna?

JOSÉ LUIS.— ¡A ti qué te importa!

PILAR.— Por mí puedes hacer lo que quieras. (*Un silencio.*) Te vas con ella,
¿verdad?

JOSÉ LUIS.— Y ¿qué?

PILAR.— ¿Dónde vas a ir?

JOSÉ LUIS.— (*Encogiéndose de hombros.*) Donde sea.

PILAR.— (*En torno de reproche.*) Eres un amargado.

JOSÉ LUIS.— (*Dándose un golpe en la pierna de que cojea.*) Yo no nací con
esto.

PILAR.— ¡Y qué culpa tenemos nosotros!

(Los dos hermanos se miran. Después de un silencio, durante el cual permanecen como clavados en el suelo, entra la madre, y JOSÉ LUIS se dirige al aparato de radio, conectándolo. La madre y la hija trajinan. Empieza a oírse un programa de música; una música suave. Por el foro bajan dos MOZOS, mirando los números de la calle. Se paran frente a la casa del PIANISTA en el momento en que este sale.)

MOZO 1.— ¿Don Alfredo, el pianista?

PIANISTA.— ¿Qué quieren?

MOZO 1.— ¿Es usted?

PIANISTA.— Sí.

MOZO 1.— Venimos por el piano.

PIANISTA.— Esperen un momento... no se lo pueden llevar.

MOZO 1.— *(Sacando un papel del bolsillo.)* Si paga el alquiler de los tres meses...

PIANISTA.— Mañana, pasado lo más tarde, podré pagar.

MOZO 1.— Tenemos una orden.

(Aparece MARIANO, que queda contemplando la escena.)

PIANISTA.— Lo necesito, se lo aseguro. Sólo esta noche. Estaba acabando de componer un...

MOZO 1.— ¡Y a mí qué me cuenta! A nosotros nos han dado una orden...

PIANISTA.— *(Como pensando en voz alta.)* Esta noche terminaría...

MOZO 1.— *(Mirando al Mozo 2.)* Podemos decir que no había nadie en la casa. *(El otro asiente.)* Pero mañana nos lo llevamos.

PIANISTA.— Gracias.

MOZO 1.— Buenas tardes.

(Un silencio. El PIANISTA ve alejarse a los MOZOS, sin moverse. MARIANO se acerca a él lentamente.)

MARIANO.— Amigo...

PIANISTA.— ¿Qué?

MARIANO.— ¿Cree que podrá dejar terminada esta noche esa canción?

PIANISTA.— Posiblemente no.

MARIANO.— Ya lo ha oído. Mañana se llevarán el piano.

PIANISTA.— Sí.

MARIANO.— ¡Tiene qué hacer algo!

PIANISTA.— ¿Qué puedo hacer?

MARIANO.— ¿Por qué no habla con el del alquiler?

PIANISTA.— No me haría caso.

MARIANO.— ¡Proteste!

PIANISTA.— ¿Para qué?

MARIANO.— Para que vean que no se conforma.

PIANISTA.— He protestado otras veces y me ha dado igual. Lo que necesito no es protestar, es dinero.

MARIANO.— *(Como un lamento.)* ¡Dinero! *(Largo silencio.)* Yo le oigo muchas veces desde mi casa. Usted compone unas canciones muy bonitas. El dinero no lo es todo.

PIANISTA.— Pero hace falta siempre.

MARIANO.— *(Como para sí.)* Sí, hace falta siempre. *(Breve silencio. Saca un duro del bolsillo.)* Usted también lo conseguirá. A veces hasta el final no se consigue nada, pero siempre se consigue algo... Tenga... *(Le ofrece el duro, que el PIANISTA no coge. MARIANO le acompaña hasta la puerta de la taberna. Le mete el duro en el bolsillo.)* Unas copas y verá como luego se siente mejor, con más energía...

(Le da una cariñosa palmada, abre la puerta y le empuja hacia dentro. Luego va a su casa. Entra.)

VICTORIA.— *(Impaciente.)* ¿Qué, Mariano, qué?

MARIANO.— Venía tan contento y me he encontrado con un caso... Una canallada... El pianista de ahí enfrente.

VICTORIA.— Deja ahora esa historia. ¿Qué ha pasado de lo otro, dime, le has visto?

MARIANO.— Sí, sí... *(Mira a sus hijos.)* Se lo podemos decir, ¿no? *(Los hijos atienden. PILAR apaga la radio.)* Hoy he estado en casa del tío Lorenzo. He ido a verle como hermano, no como pobre, ¿eh?

PILAR.— *(Espantada.)* Has ido a... ¿Para qué?

VICTORIA.— ¿Quieres contar de una vez?

MARIANO.— Al principio estaba serio. Cuando le he dicho a lo que iba, me ha pasado a su despacho, ha estado muy simpático. Hasta me ha dado un habano. (*A su hijo.*) Toma, a mí me dan tos.

VICTORIA.— ¿Quieres seguir?

MARIANO.— ¡Si no me dejas! (*Pausa.*) Le he pedido que me buscara algún trabajo para las horas libres.

VICTORIA.— (*Angustiada.*) Y ¿qué te ha dicho?

MARIANO.— Que no podía pedir nada así, tan económico para un hermano suyo. (*Silencio.*) He insistido, pero sin mendigar, ¿eh?

VICTORIA.— Entonces no...

PILAR.— Sigue, papá.

MARIANO.— Me ha preguntado que cuánto costaba la alcoba. Se lo he dicho... (*Un silencio.*) Sí, Victoria, con mi hermano me he equivocado. Ha sacado un papel, lo ha llenado y me lo ha dado. (*Sacando un cheque del bolsillo.*) Aquí está, diez mil pesetas.

PILAR.— ¡Y lo has cogido!

MARIANO.— ¡Calla, niña! Por cierto que me ha dicho una cosa muy curiosa: «Toma, le dices a tu hija que, aunque no acostumbro a pagar tonterías, acepte esto como regalo de bodas». ¡Menudo regalo! (*Un silencio.*) ¿Qué habrá querido decir con eso de que el matrimonio es una tontería? (*PILAR y VICTORIA se miran con tristeza. Están pálidas. Largo silencio. Mira a su mujer y a su hija.*) No le debe ir muy bien con su mujer...

(En el cuarto hay una tensión desagradable. JOSÉ LUIS contempla la escena completamente ajeno a cuanto sucede. PILAR y VICTORIA se miran. Por fin, PILAR corre hacia su padre y le echa los brazos al cuello.)

PILAR.— ¡Papá, qué bueno eres!

MARIANO.— No, hija, yo no, tu tío Lorenzo. (*MARIANO mira a su mujer.*) No voy a decir ahora que tendrá sus cosillas, como todo el mundo..., mira..., mi hermano no es un santo, no, ni mucho menos..., pero también tiene sus arranques de buena persona... Ya se lo he dicho, no creáis... Mi trabajo me ha costado, pero se lo he dicho: «Te aseguro que tenía otro concepto de ti, creí que eras peor persona, Lorenzo». ¡Me he quedado después más ancho...!

VICTORIA.— ¿A santo de qué tenías que decírselo?

MARIANO.— Aunque chillo y me enfado, sé reconocer lo que está bien hecho.

Cuando se lo dije, me miró risueño y me dijo: «Mariano, siempre te equivocas». Me callé.

JOSÉ LUIS.— Me tengo que ir.

MARIANO.— ¿Ahora mismo?

JOSÉ LUIS.— El jefe quiere que empiece hoy.

MARINO.— ¡Bien hecho! Tú vales, puedes llegar a tener un taller propio. ¿Por dónde está ése?...

JOSÉ LUIS.— Bastante lejos, hacia la carretera de Portugal.

MARIANO.— ¡Buen sitio! (*A su mujer y a su hija.*) El día menos pensado le vemos hecho un señorón. (*A VICTORIA.*) Hala, ¿qué haces ahí parada? ¿No ves que se tiene que ir el chico?... Preparar la cena.

JOSÉ LUIS.— No me da tiempo, me tengo que ir...

VICTORIA.— (*A MARIANO.*) Ha estado esperándote. (*A JOSÉ LUIS.*) Pero ya, total, podías quedarte.

MARIANO.— No, no, déjale. Si tiene que irse, que se vaya. Debe cumplir bien desde el principio..., si no, no podrá exigir... (*JOSÉ LUIS besa a su madre de mala gana, da una palmada a su hermana y estrecha la mano a su padre. A VICTORIA.*) No pongas esa cara..., ni que se fuera al otro mundo... Y tú, ya sabes, no olvides lo que te he dicho... Al fin y al cabo soy tu padre... Podremos tener nuestros disgustillos, ¿eh?, pero soy tu padre. Ven a vernos de vez en cuando.

JOSÉ LUIS.— Sí, adiós.

(*Sale.*)

MARIANO.— (*Mira a su mujer, frotándose las manos.*) Yo creo que tendrá suerte. (*Confidencial.*) Además, así, sin darse cuenta, se irá olvidando de esa Encarna. Me tenía más preocupado el asunto... (*Un silencio. MARIANO va al brasero, echa una firma y vuelve a su sillón. Se pone a leer el periódico. VICTORIA y PILAR se miran con tristeza, y salen. Por la calleja, de derecha a izquierda, cruzan JOSÉ LUIS y ENCARNA. Parecen dos fugitivos. Antes de hacer mutis, JOSÉ LUIS se detiene un momento, vuelve la vista hacia la ventana de su casa, se encoge levemente de hombros y murmura un apagado «Vamos». Se van. De la taberna sale el BORRACHO cantando la canción. Se para un momento sin saber qué camino tomar, hace un gesto de indiferencia y marcha hacia el foro*)

derecha. Del interior de la casa sale PILAR con algún cacharro. Casi inmediatamente detrás, VICTORIA. MARIANO baja el periódico hasta las rodillas con aire patriarcal, y después de mirar, casi admirar a su hija, dice:) Bien, enhorabuena Pili. Eres una mujer de suerte. *(Se levanta sin prisa, coge de la mesa el cheque que había dejado al enseñárselo a su hija y se lo da a VICTORIA.)* ¡Toma, guárdalo! Y mañana te acercas al banco a cobrarlo.

VICTORIA.— *(Sin cogerlo.)* No, no, lo cobras tú. Es dinero de tu hermano.

MARIANO.— Que más da, es dinero. ¡No hay quien te entienda!

PILAR.— *(Conciliadora.)* A mamá le dará miedo guardarlo, por si lo pierde.

MARIANO.— *(Sonriente.)* En confianza, a mí también. Es mucho dinero. *(Un silencio.)* Lo pondremos en una cartilla a nombre de la chica. *(PILAR procura disimular su congoja.)* Con este dineral hay hasta para pagar un desayuno a los invitados en el bar de la glorieta. *(Como si el dinero fuera suyo.)* Lo que debemos procurar es que sean pocos invitados. No quiero muchos gastos; nada más que los imprescindibles. *(Las mujeres, en silencio, trajinan alrededor de MARIANO. El PIANISTA aparece en la puerta de la taberna. Baja hasta el portal tarareando unas notas. Al llegar a su casa, mira hacia arriba, al balcón. Mueve la cabeza. Se sube el cuello de la americana, enciende un cigarrillo y se va silbando por el foro.)* Estoy pensando que, si no os importa, mañana, cuando cobre el cheque, me quedaré con veinte durillos. Me compraré un paquete de tabaco rubio, y cuando me llame el jefe a su despacho le ofreceré un pitillo. ¡Que se fastidie! ¡A ver si se cree que los demás no pueden fumar buen tabaco!

(Se empieza a oír el cri-cri de un grillo.)

PILAR.— Papá, ¿quieres cenar ya?

MARIANO.— ¿Eh?

PILAR.— ¡Que si quieres cenar ya!

MARIANO.— *(Como si volviera de otro mundo.)* No, no, no. *(Para sí.)* ¿Qué estaba diciendo? *(Piensa un instante.)* ¡Ah, sí! Que le voy a decir al jefe.

(Su mujer y su hija le miran. Mientras decía estas palabras, ha ido cayendo muy despacio el telón.)